

CUADERNOS DE FORMACIÓN OBRERA

ESTRATEGIA SINDICAL



SERIE MÉTODOS DE TRABAJO

Introducción

ESTRATEGIA SINDICAL

La política sindical es fruto de la racionalización del trabajo de largo plazo efectuado por activistas que actúan en los sindicatos, quienes han realizado una serie de esfuerzos colectivos e individuales, que confluyeron en una unidad teórico-práctica a la cual hemos denominado política integral de trabajo¹. Ésta es respuesta coherente y continua a los problemas laborales, económicos, sociales, políticos, culturales e ideológicos que afectan a los trabajadores y el pueblo, construida, en primer lugar, a partir de la identificación de las contradicciones que caracterizan al desarrollo capitalista mundial, cuales son: la contradicción entre el capital y el trabajo; la contradicción entre los países imperialistas y los países dependientes y la contradicción entre el desarrollo capitalista y el medio ambiente. En segundo lugar, las contradicciones que determinan la lucha de clases en América Latina, o sea, la contradicción entre el imperialismo y las naciones latinoamericanas, que se manifiesta en la lucha por el control de los mercados; la lucha por el control de las fuentes de materias primas; la lucha por el control de las finanzas y la lucha por el control de las infraestructuras; además está la contradicción entre el capital

y el trabajo al interior de cada país latinoamericano y la contradicción entre la alianza oligárquica dominante y la alianza obrero, campesina y popular al interior de estos países. En tercer lugar, están las contradicciones que atraviesan a Colombia, que son: la contradicción imperialismo-nación² colombiana; la contradicción capital-trabajo a nuestro interior; la contradicción entre el bloque dominante y el bloque dominado y la contradicción entre terratenientes y campesinos. Esas contradicciones originan los problemas centrales que padece hoy el país: dependencia, dictadura burguesa y opresión política, precarización y pobreza, guerra reaccionaria, subdesarrollo e integración bajo los tratados de libre comercio impuestos por el imperialismo yanqui. En cuarto lugar, se encuentran las contradicciones que marcan cada uno de los problemas sectoriales que afectan a la población, a los cuales hay que dar respuestas específicas por parte de cada una de las organizaciones sindicales por sistemas. Tales problemas son el minero-energético, agroalimentario, construcción y vivienda, transportes, telecomunicaciones, educación, salud y finanzas. En quinto lugar, están las contradicciones que definen las actuales relacio-



1

¹ Ver documento sobre política integral de trabajo para los sindicatos.

² La existencia de una nación implica la convergencia de unos rasgos básicos en una comunidad estable históricamente formada. Esos rasgos tienen que ver con poseer un lenguaje, una vida económica, una cultura y un territorio común. Tales rasgos se ven privados de desarrollarse plenamente cuando existe la dominación imperialista, puesto que los distorsiona y los priva de buena parte de los elementos identitarios que forman una nación. Por ello, el neocolonialismo, que es tipo de dominación predominante en la fase imperialista, pone al día el problema de la liberación nacional y el ejercicio de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos.

nes laborales en Colombia y sus efectos. Esas contradicciones tienen que ver con: el incremento de la tasa de ganancia de los capitalistas y de su acumulación de riqueza versus la precarización general de los trabajadores; la súper explotación de la fuerza de trabajo versus la existencia misma del obrero como ser humano; la enajenación brutal imperante en las fábricas versus la conciencia y libertad de los trabajadores; la violenta opresión paramilitar y militar oligárquica versus la democracia exigida por los laboriosos y la opresión y persecución estatal versus la libertad de acción reclamada por las organizaciones de los oprimidos. En sexto lugar, existen las contradicciones que definen los actuales rasgos de la problemática sindical en nuestro país, caracterizadas por el querer ganar más por los patronos versus la valorización de la fuerza de trabajo; la apropiación individual de la burguesía sobre la apropiación social históricamente reclamada por los trabajadores; el economismo versus el desarrollo político de la clase obrera, el aislacionismo sindical versus la construcción de hegemonía incluyente y el dominio del sindicalismo corporativista contra el interés nacional, latinoamericanista e internacionalista.

Política sindical y estrategia

La estrategia sindical va orientada precisamente a coadyuvar en la solución de todas las contradicciones arriba enumeradas. Su enfoque, el marco ideológico que la cobija, que igualmente arropa a la política integral, es el marxismo-leninismo³, concepción y método que trabaja con la crítica histórica como herramienta de explicación del carácter histórico de los fenómenos, desarrollado en nuestras condiciones concretas a través de la elaboración y concreción de un programa, estrategia, táctica, valoración del momento político y la actividad coyuntural⁴ con los

sindicatos y los trabajadores. Ahora bien, es posible realizar la estrategia sindical porque **los sindicatos son la forma más extendida de organización social de la clase obrera**. Las transformaciones sociales no son producto de la acción de pequeños grupos de elite o de grandes personalidades. Los autores de ellas son las clases y movimientos sociales y políticos, expresión organizada de esas clases. Quien puede cambiar estructuralmente el caduco sistema social en el cual vivimos, darle un nuevo impulso de largo plazo al desarrollo de las fuerzas productivas, desarrollar relaciones sociales más altas, instituciones públicas representativas de la democracia obrera y popular y nuevas formas de pensar y concebir la sociedad y la naturaleza y sus interrelaciones, es la clase obrera, la que influenciando y dirigiendo a sus aliados, las demás clases, sectores, capas y estamentos sociales que hacen parte del bloque dominado, podrán desarrollar un potente movimiento social y político que sabrá dar al traste con la dominación capitalista. Y los sindicatos tienen un papel muy importante que jugar en tal transformación, pues están en el ojo de la vorágine social.

Desde ese punto de vista, las organizaciones sindicales deben contribuir significativamente a la construcción del movimiento revolucionario de los trabajadores, su acumulación de fuerzas de poder, la elaboración de propuestas políticas –programa, estrategia y táctica- y al desarrollo de formas organizativas y de lucha acordes con los objetivos propuestos, la experiencia internacional y nacional de la clase obrera y la situación concreta en que se vive. Tanto en el mundo como en Colombia, los sindicatos son la forma más amplia e influyente de organización de los trabajadores. Su importancia cuantitativa en el país, si bien no es la adecuada, puesto

³ Ver cuaderno sobre fundamentos ideológicos.

⁴ Hecho social o político que dentro de la lucha de clases reviste un carácter ocasional.



que el grado de organización sindical es muy bajo, apenas llegaba, en 2017, a cubrir el 3,1% de los trabajadores con empleo. En efecto, para el año mencionado había 811.850 trabajadores afiliados a sindicatos⁵, empero, el movimiento es el más fuerte, permanente e influyente en el país y actualmente posee un número muy superior de asociados a los de los demás movimientos sociales, que en coyunturas específicas han jalonado luchas más radicales, con mayores niveles de organización e influencia social, aunque algunos han desaparecido rápidamente.

Los protagonistas centrales del cambio social son los propios trabajadores. Como estos se agrupan fundamentalmente en los sindicatos hay que saber cual es papel que juegan estos en la lucha de clases. Lo primero que las organizaciones sociales de los obreros hacen es desarrollar las luchas de resistencia contra el capital, llevando a cabo confrontaciones por reivindicaciones inmediatas, después pueden hacer converger las luchas económicas y políticas y utilizar cada conflicto económico para fortalecer el movimiento tanto cuantitativa como cualitativamente, planteándole a los trabajadores los problemas generales que le interesan a la clase y que tienen que ver no sólo con sus reivindicaciones sino también con la lucha que libra toda la población contra la dominación capitalista. De esa manera, van construyendo la conciencia de clase necesaria para que la mayoría de los obreros participen en la lucha política más amplia posible y avancen organizadamente hacia grandes paros políticos, que paralicen los sistemas de la producción y los servicios a fin de alcanzar sus objetivos inmediatos e históricos⁶ más caros. Sin desarrollo político, el sindicato no puede avanzar de librar choques aislados y conquista de reivindicaciones parciales a participar en el proceso de trans-

formación social. Si queremos dar ese salto, indudablemente debemos trabajar por elaborar una estrategia sindical.

Uno de los propósitos centrales de la estrategia sindical es lograr que los sindicatos hagan parte del movimiento democrático por transformaciones económico sociales profundas. Este habitualmente está compuesto por las organizaciones partidarias, las organizaciones intermedias, que son organizaciones políticas influenciadas y dirigidas por las organizaciones partidarias, los movimientos políticos de masas, formas muy amplias de organización política de la población, las organizaciones sociales que han adquirido conciencia política y los no organizados que en las coyunturas se suman a la lucha. Así mismo, la estrategia sindical se elabora sobre la base del análisis y explicación de la situación que caracteriza tanto a la presente época histórica y como a la etapa de la lucha de clases por la que atravesamos. En ella se trata de definir el papel y la acción que deben jugar los sindicatos, sin desnaturalizarse, en las transformaciones sociales y en la lucha de clases a fin de contribuir a materializar los intereses históricos e inmediatos de los trabajadores. En consecuencia, los dirigentes, activistas y bases deben entender tanto los componentes fundamentales de la estrategia como cuales son sus objetivos claves, las líneas de acción de largo plazo, las formas organizativas y de lucha que se adoptan, su carácter internacionalista y como construir la dirección estratégica.

Marco de la estrategia

La formulación de la estrategia remite al marco en que esta se desarrolla, que se puede resumir en cinco puntos a detallar: la época histórica; el carácter de la formación económico-social; el carácter del tipo de transfor-



⁵ ENS, Sislab, Reporte a diciembre de 2010, página 11, Medellín, julio 2011, www.ens.org.co

⁶ Los objetivos históricos presentes tienen que ver con revolucionar la formación económico social existente, transformar el actual sistema y modificar radicalmente las condiciones de vida material y espiritual de la población.

maciones a realizar; el carácter de clase de dichos cambios; las fuerzas sociales en pugna y el programa, que resume las aspiraciones históricas de la clase obrera y el pueblo. Examinemos a continuación cada uno de ellos.

1. Vivimos una época histórica de transición del capitalismo al socialismo. La presente época histórica se inició cuando predominó en el mundo el capitalismo y acabará cuando termine la transición global hacia el socialismo. La etapa de la lucha de clases que vivimos, de revoluciones sociales, se enmarca dentro de esa época histórica y se inicia con el levantamiento obrero que dio origen a la Comuna de París, en 1870. Desde ese año aparecieron, con opción de triunfo, las fuerzas sociales y políticas, encabezadas por el proletariado, que querían derribar a los capitalistas e implantar un nuevo tipo de sociedad. Tan es así que la obra inconclusa de los comuneros franceses fue continuada por los obreros rusos, en 1917, cuando realizaron la revolución de octubre, la que dio ejemplo para que subsiguientemente se efectuaran una serie de derribos a lo largo del siglo XX en distintas partes del planeta. Dicha etapa no está exenta de retrocesos y derrotas estratégicas. La caída del llamado “socialismo real”, que tocó a punto final en 1989 lo atestigüa. Recordemos que una época histórica perdura mucho tiempo. De hecho, la transición entre el feudalismo y el capitalismo duró más o menos desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XIX, alrededor de 600 años. Durante esos siglos se vivieron avances y retrocesos del capitalismo en distintos países, hasta que éste logró imponerse en la mayor parte del planeta, subordinando a todas las demás formas de producción precapitalistas a su dinámica y a sus leyes.

Los acontecimientos nos demuestran que quienes han sepultado al socialismo y proclamado “el fin de la historia” se equivocan de principio a fin. Las aspiraciones de alcanzar transformaciones sociales profundas tanto en los países dependientes como en los imperia-

listas continúan latentes y se afirman, de una u otra manera, en las mentes y los corazones de los trabajadores y pueblos de diferentes latitudes. Las luchas contemporáneas se manifiestan de muy diversas formas y ganan cada vez más espacio, lo que augura un futuro de confrontación cada vez más agudo entre la oligarquía financiera y los pueblos que resisten a sus formas de opresión y explotación. En otras palabras, en el escenario global nos encontramos en la etapa de transición del capitalismo al socialismo hasta cuando este último se imponga en todo el mundo, lo que presupone un salto en el desarrollo de las fuerzas productivas, el surgimiento de relaciones sociales de producción más avanzadas y la aparición y consolidación de una superestructura acorde con las verdaderas aspiraciones humanas de libertad, bienestar, paz, desarrollo y equilibrio en las relaciones entre los individuos y las sociedades y entre el hombre, las sociedades y la naturaleza. Desaparecerán, entonces, la explotación del hombre por el hombre, la opresión política, la enajenación, las guerras, la pobreza, el hambre, el desarrollismo y el subdesarrollo y los desequilibrios entre el hombre, la sociedad y la naturaleza.

La dinámica de cada época histórica está determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas y por el desenvolvimiento de la lucha de clases. Así mismo, su motor principal es la contradicción fundamental que la marca y caracteriza, llevando un sello de hegemonía por parte de la clase dominante. En la actual época –la del imperialismo–, la contradicción principal es la de capital-trabajo, determinante del desarrollo de la confrontación entre la burguesía y el proletariado, y de las posibilidades de imponerse que tiene la clase obrera tanto en Colombia, América Latina y el mundo. En la medida en que aparecen fuerzas revolucionarias en el escenario social y político de los distintos países y que estas alcanzan el cambio o modifican las condiciones estructurales en que se encontraba



su sociedad, varía para cada país la etapa en que se encuentra. En el escenario nacional, cambiaremos de etapa cuando se hagan las transformaciones democráticas, estas se profundicen y se transformen en construcción del socialismo.

2. Nuestra formación económico-social es capitalista-dependiente neocolonial. La formación económico social⁷ colombiana la podemos caracterizar como capitalista dependiente, ya que existe un alto grado de hegemonía sobre nuestra sociedad por parte del imperialismo norteamericano. Ese control es neocolonial, puesto que se da a través de la exportación de capital y tiene como base política la sumisión de la oligarquía criolla, que es la que ejerce el control directo sobre el país; casada con los intereses extranjeros y muy fiel a los mandatos de la burguesía financiera estadounidense, dicha clase social va en contravía de los intereses nacionales.

La dependencia precedió a la formación del capitalismo en el país. La época colonial-feudal nos ató a España. Más tardó en independizarse que en caer en el semicolonialismo inglés, y cuando se inauguró el imperialismo yanqui, muy a finales del siglo XIX, Colombia fue uno de los primeros países del “patio trasero” en caer en sus garras. Fue la presencia norteamericana la que la “modernizó” y la llevó por la senda del capitalismo dependiente en medio de las sucesivas guerras civiles libradas desde 1898. Ya para 1920, las modernas relaciones capitalistas habían creado enclaves agroindustriales y petroleros, de inversión extranjera, donde predominaban los asalariados, los cuales vivían en con-

diciones aberrantes. A partir de la pequeña manufactura, surgida hacia 1885, y la acumulación de capital producto del creciente cultivo del café, exportado hacia los mercados mundiales, algunos terratenientes, que habían obtenido rentas en dichos mercados, se lanzaron a crear fábricas centradas en ramas industriales de consumo masivo –alimentos, calzado, textiles, etc.–, dando paso a un incipiente y lento desarrollo capitalista.

Así, el desarrollo capitalista en el país no nació de revolucionar las relaciones económicas de tipo semifeudal que imperaron en el país hasta los años treinta. No se tomó la vía clásica, llamada también “vía farmer”⁸, que sí se utilizó en los países de capitalismo desarrollado, donde se hizo saltar en mil pedazos las estructuras feudales, gracias a la violencia ejercida por la burguesía contra los terratenientes. Más bien la oligarquía financiera imperialista junto a los nuevos burgueses, de extracción terrateniente, usaron la más prolongada y dolorosa vía terrateniente, conocida también como “vía junker”⁹, donde los dueños de la gran propiedad territorial poco a poco y con el uso de los métodos más despiadados, a los que están históricamente acostumbrados, fueron disolviendo la pequeña propiedad agraria, transformando, en una agonía perpetua, a los campesinos en trabajadores asalariados, sin acabar con las relaciones precapitalistas en el campo; todavía ellas imperan en amplias regiones de Colombia, más bien las adaptaron a la nueva dinámica, consolidando así la explotación de los campesinos por los terratenientes, la disgregación de los habitantes del campo y su diferen-

⁷ En el estudio de una formación económico-social se descubre concretamente, la esencia y forma que toman las relaciones económico-sociales en un país determinado. Se muestra cual es el modo de producción dominante y como éste impone su dinámica general y somete a sus leyes y desarrollo de sus contradicciones al resto de expresiones socioeconómicas. Igualmente, se manifiestan las particularidades que el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales van adquiriendo y cual es su transcurrir histórico; se pone a la vista la combinación o yuxtaposición de diversos modos formas o de producción más avanzadas o atrasadas y como están se van ensamblando, sin llegar a desaparecer completamente, puesto que en la realidad lo que se manifiesta es la interrelación dinámica de la serie de relaciones ya mencionadas.

⁸ Granjero en inglés.

⁹ Terrateniente en alemán.



ciación¹⁰, la profundización de la explotación extensiva de la tierra, el predominio de la renta absoluta y el apuntalamiento de la contradicción latifundio-minifundio. Al mismo tiempo, urbanizaban con la migración forzada el país, mientras la fuerza de trabajo disponible se apretujaba en cinturones de miseria en las nuevas metrópolis, la industria crecía y el mercado se ampliaba considerablemente, cuando, paralelamente, los oligarcas criollos le entregaban el país y sus materias primas estratégicas, sus mercados, infraestructuras y finanzas a los amos del norte.

Así como en el campo pervivieron las manifestaciones económicas semif feudales, en la ciudad también. Diversas formas de producción artesanal, ampliamente extendidas, se hacen presentes aun con mucha fuerza en muchas de nuestras urbes, pues el capitalismo aquí no se ha caracterizado por tener un desarrollo industrial y tecnológico notable, que les permita eliminarlas. El capitalismo dependiente arrastra tras de sí algunas carencias estructurales que impiden que en nuestro país se desarrolle una economía capitalista clásica, como sucedió en Estados Unidos o Europa Occidental. El primer gran entramamiento ha sido el del desarrollo de las fuerzas productivas, pues Colombia carece de una base financiera, infraestructural, tecnológica e industrial propia. La insuficiente acumulación de capital, la mayor parte del acervo económico va a parar al exterior ya sea por el giro de utilidades o salida subrepticia de capitales utilizada por los dueños y administradores de multinacionales, el pago de intereses y amortizaciones de la deuda externa y la fuga de capitales criollos –rubros que pue-

den sobrepasar los 30 mil millones de dólares anuales-, la transnacionalización de la economía, consistente en el apoderamiento de nuestras materias primas, mercados, finanzas e infraestructuras por parte del gran capital imperialista, su dominio sobre la producción, las finanzas y el comercio mundial y la imposición de la división internacional del trabajo dentro del mercado mundial capitalista y la reprimarización, expresada en el acentuamiento de una economía modelada con base en las necesidades del imperio, que privilegia la extracción de minerales y el cultivo de bienes agrícolas necesarios al consumo de las potencias, conllevó la formación de una producción nacional agro y minero exportadora, una industria de bienes de consumo y a una economía especulativa, ampliamente financiarizada, sobre la cual se superpone una férrea dictadura, expresión de un régimen político fascista y gamonalístico sustentado en la alianza con la lumpen burguesía narcotraficante y paramilitar. En síntesis, podemos decir que la dependencia modeló nuestra sociedad y le implantó una particular dinámica económica, política, ideológica, social y cultural.

Como fenómeno, la dependencia no se expresa únicamente en el campo económico, si bien tiene una esencia material, también se manifiesta en la imposición de la hegemonía, la dominación y la opresión política por parte de la potencia extranjera, basta ver la alineación de la política exterior colombiana con la de Estados Unidos, en las invasiones e intervenciones militares, en la alienación ideológica y en la aculturación y manifestaciones sociales extranjerizantes que muchas veces



¹⁰ La diferenciación del campesinado se dio entre campesinos ricos –quienes explotan mano de obra, obtienen renta y tienen posibilidades de acumular capital-, campesinos medios –los que ocasionalmente contratan mano de obra y se mantienen con sus propios recursos económicos-, campesinos pobres –quienes tienen pequeñas parcelas, viven de ellas y si bien no acumulan capital no se ven forzados a vender su fuerza de trabajo para subsistir o la venden muy ocasionalmente-, el semiproletariado rural –jornaleros despojados de la propiedad de la tierra quienes se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir aunque no han entrado a ser parte del proceso de producción socializada en el campo- y el proletariado agrícola –obrerros despojados de sus medios de trabajo que se han incorporado a laborar en la moderna producción capitalista agroindustrial-.

dominan a nuestra sociedad. Su proceso no ha obedecido a una competencia económica limpia ni a una pacífica expansión de los “más eficientes”. Por el contrario, casi siempre ha llegado precedida de la violencia. En innumerables oportunidades los mariners se han adelantado la llegada del dólar. El caso de la invasión a Cuba y Puerto Rico, a Panamá, cuando era territorio colombiano, y Haití, a Nicaragua y Honduras, entre otros muchos, así lo atestiguan.

Existe en nuestra formación económico-social un estadio de desarrollo medio de las fuerzas productivas con tendencias cada vez más marcadas a la transnacionalización, reprimarización y financiarización. En conclusión, la implantación del capitalismo no resolvió el problema nacional ni el problema agrario, no eliminó la economía artesanal ni tampoco las formaciones económicas más antiguas, como son las que aun dominan en las regiones más apartadas del país donde hay presencia de comunidades indígenas.

Caracterizando así a nuestra formación económico social, identificamos dos tareas fundamentales a realizar: la de alcanzar la soberanía y la autodeterminación nacional, para acabar con la dependencia, y la de reunir a todas las fuerzas económicas, políticas y sociales antiimperialistas y antioligárquicas a fin de alcanzar la democracia, como paso previo a la construcción del socialismo.

3. Las transformaciones son democráticas. La alianza oligárquico-imperialista no resolvió el problema agrario, no pudo eliminar, como ya mencionamos, la economía artesanal, ni tampoco resolvió el problema nacional. Sobre esa base, tampoco pudo generar un proyecto nacional unificado, que supusiera la construcción de un capitalismo nacional orientado a fortalecer el Estado-nación burgués. Debido a esas condiciones, muchas de los sectores y capas de la población no proletarias han subsistido y tienen un peso enorme en la abigarrada composición social y

política que tiene nuestra nación. Estos sectores, ante todo, reclaman reivindicaciones democráticas. Por otra parte, la caída del “socialismo real” modificó espectacularmente la correlación mundial de fuerzas, tornándola ampliamente desfavorable al socialismo. Aun más, el panorama político nacional, latinoamericano y mundial presenta la irrupción de una descomunal fuerza social democrática, dispuesta a apoyar este tipo de reivindicaciones. Esas fuerzas distan mucho de acercarse al marxismo y al socialismo, pero ven con buenos ojos las consignas antiimperialistas y democráticas. La realidad, entonces, nos muestra como la lucha por la democracia está al orden del día y, en nuestro caso, esa lucha es claramente transformadora, pues estamos ante un bloque dominante que se niega siquiera a abrir las compuertas de la acción política para todas las clases sociales en el marco de su propia hegemonía.

La transformación democrática, así, se constituye en la tarea estratégica inmediata, como primera fase en la construcción del socialismo, pues es el tipo de cambio que puede aunar hoy los intereses de todas las clases explotadas y oprimidas por el imperialismo y la oligarquía criolla. Quien la encabeza es el proletariado, su vanguardia social y política. Para ello debe organizarse, prepararse y construir los instrumentos necesarios para dirigir y hegemonizarla incluyentemente, velando porque sus intereses de clase, resumidos en el socialismo, sean los que, en última instancia, marquen su derrotero.

5. El proletariado y la burguesía son las fuerzas sociales fundamentales en pugna. Las clases sociales que se enfrentan son, por un lado, el proletariado y sus aliados, que conforman el bloque dominado, que viven en unas condiciones extremas de explotación y opresión política, y la burguesía y sus aliados, que conforman en bloque dominante, quienes concentran al máximo la riqueza en el país e imponen históricamente un régimen terrorista sobre las mayorías. Dentro de esta



caracterización es importante precisar que la burguesía imperialista, la burguesía financiera criolla, la burguesía burocrática, la lumpen burguesía y los terratenientes, con sus distintos estamentos contrarrevolucionarios, constituyen las fuerzas contrarrevolucionarias en su conjunto. El enemigo fundamental -el que hegemoniza y dirige las fuerzas contrarrevolucionarias-, es la burguesía imperialista y el enemigo principal -aquel que se constituye en éste periodo en el obstáculo a vencer para lograr el avance de las fuerzas revolucionarias- es la burguesía financiera criolla, conformada por los dueños de los principales grupos monopólicos, entre los que destacan quienes controlan al Grupo Empresarial Antioqueño, al Grupo Sarmiento Angulo, al Grupo Santodomingo, al Grupo Bolívar y al Grupo Ardila Lulle. Las fuerzas sociales que le brindan apoyo, sus aliados estratégicos fundamentales, están constituidas por dos fracciones de la gran burguesía, cuales son la burguesía burocrática, enquistada en los partidos burgués-terratenientes y poseedora de la administración del Estado reaccionario, al cual saquean y usan como medio de atesoramiento y la lumpen burguesía, que tiene una influencia formidable en este país, controladora de sectores enteros de la economía – como son la mayor parte de la actividad agropecuaria, de la construcción y de buena parte de las finanzas y de la inversión de capital- y con una influencia política impresionante – hegemoniza una buena parte de los partidos tradicionales, como son el Liberal y el Conservador, y prácticamente todos los partidillos emergentes, el de la U, Cambio Radical, etc.-. Otra clase que constituye un aliado estratégico al interior de la alianza contrarrevolucionaria son los terratenientes¹¹. Estos no

cultivan la tierra a pesar de poseer grandes extensiones de ella, que arriendan o explotan extensivamente, obteniendo así su renta. Viven del trabajo de los campesinos y obreros agrícolas. Acumulan, también a través de la usura y de la inversión en el comercio y la industria. Son 59.000 apenas los que hay en Colombia, el 3,1% del total de los 2 millones de propietarios agrícolas, pero poseen casi el 70% de las tierras en explotación. Entre ellos hay 8.000 grandes hacendados, que tienen el 43% de los mejores suelos. La mayoría se dedica a la ganadería extensiva –6.000 están en esta actividad–, mientras que otros 2.000 son dueños de latifundios cafeteros, palmeros, bananeros, de cultivo de flores o de especies maderables. Han sido el soporte histórico del gamonalismo y del paramilitarismo y gozado de enorme poder político gracias a que controlan regiones enteras del país y a que ejercen una importante influencia en los partidos ultra derechistas. Por otra parte, la alianza principal tiene una serie de apoyos secundarios como son las fuerzas que representan a la mediana y pequeña burguesía, que en el campo político se ven agrupadas en el Partido Verde, los sectores de derecha del Polo y en la nueva Progresistas o Colombia Humana. Si bien, estas formaciones tienen contradicciones con el núcleo central de las fuerzas contrarrevolucionarias, estas limitan su crítica al nexo establecido con la lumpen burguesía. Por lo demás comparten la estrategia contrarrevolucionaria, la aplicación del neoliberalismo y la transnacionalización y reprimarización. Ahora bien, la estrategia global del núcleo duro del bloque dominante es la guerra total contra el pueblo, con una política de tierra arrasada e imposición brutal de su hegemonía con base en una dictadura de ex-



¹¹ Según Marx, los terratenientes son una clase social puesto que tienen su propia fuente de renta, diferente a la de los capitalistas y los trabajadores. Marx se pregunta “¿Qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales? Es, a primera vista, la identidad de sus rentas y fuentes de renta. Tratase de tres grandes grupos sociales cuyos componentes, los individuos que los forman, viven respectivamente de un salario, de la ganancia o de la renta del suelo. Es decir, de la explotación de su fuerza de trabajo, de su capital o de su propiedad territorial.” Carlos Marx, El Capital, Tomo III, Capítulo LII, páginas 391 y 392.

tema derecha que usa la violencia más atroz, junto al control ideológico, político y cultural más férreo, el empobrecimiento masivo de la población, la súper explotación de los trabajadores, la disolución de la mediana y pequeña propiedad agraria y la profundización de su alianza con el imperialismo.

En cuanto a las fuerzas revolucionarias estas son el proletariado¹², con sus distintas fracciones –el proletariado industrial, agrícola, minero y de servicios-, el campesinado, la pequeña burguesía urbana, el semiproletariado y el lumpen proletariado y una buena cantidad de sectores, capas y estamentos sociales medios que hacen parte del pueblo. Los sindicatos, como afirmamos arriba, son la forma de organización más extendida y duradera en el país y agrupan a la principal clase social existente en Colombia, que es la clase obrera. Desde ahí podemos vislumbrar tanto la importancia que tienen estas organizaciones para la construcción de una nueva sociedad, como la trascendencia que en ellas tenga en la estrategia sindical. Junto a la clase obrera, es importante destacar el peso que tiene en nuestro país el semiproletariado, posible también de organizar en sindicatos. En efecto, en medio de una disolución inconclusa, larga, violenta, dolorosa, despiadada y dependiente de las relaciones precapitalistas, fruto de un modelo de transición brutal hacia el capitalismo adoptado por las clases dominantes, ese sector de clase ha alcanzado un peso enorme. Despojados de toda propiedad, pero también de la posibilidad de vincularse al sistema de explotación socializado en las fábricas, perviven en condiciones infrahumanas, laborando ocasionalmente en sistemas extremadamente precarios de distribución o servicios. Con esta fuerza es importantísimo contar para poder realizar una exitosa estrategia sindical. La segunda gran disolución a

la que asistimos, encabezada por la lumpen burguesía, la primera fue la de los años cincuenta, ha sido la caracterizada por la infame violencia paramilitar, que aniquiló buena parte de las relaciones precapitalistas en el campo, contribuyó igualmente con la imposición de la monopolización más monstruosa del capitalismo dependiente y la transnacionalización de la economía nacional, acelerada por la firma del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Estos acontecimientos, que generaron la expulsión de más de 6 millones de personas del campo, indudablemente las incorporarán cruelmente al proletariado o semiproletariado, arrastrarán a la clase obrera a condiciones cada vez más aberrantes y exacerbará las contradicciones en el país.

Los resultados, en ese sentido, no se han hecho esperar. En efecto, los vendedores de fuerza de trabajo sumaban, en agosto de 2011, 15.882.000 trabajadores, mientras que los campesinos que laboraban alcanzaban los 3.199.000. De esa forma, el núcleo de trabajadores constituía el 44,5% de la población en edad de trabajar, lo que forma una alta participación si consideramos que el 36,6% de la población era inactiva. Por tanto, tan sólo el 18,9% hace parte de la fuerza laboral en otra condición, ya sea como campesino, como trabajador pequeño burgués o como parte de la administración de las empresas. La tendencia es clara. Mientras que el proletariado aumentó en Colombia 2.710.000 miembros entre 2001 y 2011, los trabajadores del campo tan sólo lo hicieron en 88 mil. Eso muestra que el peso específico de la clase obrera va acrecentándose con el paso del tiempo a pesar de la reprimarización que sufre la economía nacional. El crecimiento cuantitativo del proletariado en Colombia sigue la inclinación ya marcada por Marx en el siglo XIX cuando señalaba que “nuestra época, la épo-



¹² Entendemos por proletariado aquella clase social cuyos componentes no poseen medios de producción, están obligados, para sobrevivir, a vender su fuerza de trabajo, reciben un salario por ella y se encuentran ligados a la producción socializada, a la producción de la industria fabril, la construcción, la agroindustria, la industria extractiva y los servicios productivos.

ca de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía... y el proletariado...”¹³ En consecuencia, la marcha general de las sociedades capitalistas conlleva, en el largo plazo, el fortalecimiento de la clase obrera y el debilitamiento de las demás capas y sectores sociales que conforman el pueblo.

Sin embargo, el tipo de desarrollo capitalista adoptado en Colombia por la burguesía criolla e impuesto, además, por la oligarquía imperialista de los Estados Unidos, sobrelleva dos problemas en la estructura de formación de la clase obrera. Una, que esta es altamente dispersa; únicamente el 35% se haya relativamente concentrada, lo que implica que el 65% está situado en pequeños o medianos establecimientos esparcidos por la geografía nacional, y está centrada en el sector servicios; 70% de los trabajadores pertenecen a éste, mientras que el 30% restante estaban ubicados, en la agroindustria, industria manufacturera, minería, incluido extracción de gas y petróleo, y construcción, que son los sectores donde se produce plusvalor, junto a los servicios productivos.¹⁴

En conclusión, las estadísticas nacionales nos muestran que la clase obrera de hoy no sólo tiene un significativo peso cuantitativo en sino también una importancia cualitativa, que ninguna otra clase, sector, capa o estamento social posee. En ese sentido, es bien sabido que los trabajadores están al centro de la contradicción entre el capital y el trabajo, antagonismo principal en este modo de producción. Producen la riqueza socializada pero no la atesoran, pues son despoja-

dos de ella por un pequeño puñado de capitalistas, que por efecto de ejercer la propiedad privada, resultan apoderándose del producto social. He ahí la contradicción profunda entre los asalariados y los capitalistas, que viven de apropiarse del trabajo ajeno. La creciente centralización de la producción y concentración del capital centraliza todavía más a la clase obrera y hace más social la producción. El proceso de explotación se intensifica y se crea cada vez más riqueza social para unos pocos.

Por otra parte, el obrero al querer mejorar su condición, mediante los sindicatos y las negociaciones colectivas, se enfrenta con el capitalista, quien exagera la competencia entre los trabajadores. Al ocurrir ese conflicto, “...quíerolo o no, tiene que vérselas... no con un patrón aislado... sino con la arbitrariedad y los atropellos de toda la clase patronal... tiene que enfrentarse ahora con toda una organización social encaminada a la explotación del trabajo por el capital.”¹⁵ Los capitalistas y su Estado luchan por quitar a los trabajadores lo conquistado; mientras tanto, los obreros organizados resisten los ataques cotidianos de la burguesía y rompen o reducen significativamente la competencia entre ellos a fin de lograr mejores condiciones de vida. Inevitablemente, el antagonismo de intereses entre las dos clases principales de la sociedad capitalista las lleva a la confrontación, cosa que no ocurre con ningún otra clase, sector, capa o estamento social, que si bien tienen contradicciones y son explotados y oprimidos por la burguesía, no están al centro de la producción y tampoco son despojados del todo de sus medios de trabajo, como acontece con los obreros. La causa primaria por lo que la lucha de los trabajadores contra el gran capital es irrevocable está fundada en que los

¹³ Marx Carlos-Engels Federico, Manifiesto del Partido Comunista, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, China, página 33.

¹⁴ Datos compuestos con base en estadísticas del boletín de prensa del Dane, 30 de septiembre de 2011, principales indicadores del mercado laboral, agosto de 2011.

¹⁵ Lenin Vladimir, Quienes son los “amigos del pueblo” y como luchan contra los socialdemócratas, página 21, en Acerca de los sindicatos, Editorial Progreso, Moscú, URSS, 1978.



capitalistas no pueden acumular capital, regla de oro de su racionalidad, sino explotan a los obreros y en que el trabajador se ve forzosamente impelido a enfrentarlos a todos y a su Estado, con lo que su lucha se socializa, se transforma en un enfrentamiento de todos los obreros contra todos los capitalistas, "... contra todas las clases que viven del trabajo ajeno."¹⁶ De ahí que los proletarios luchen por otro tipo de sociedad, ya que su suerte en el capitalismo está echada. Sobre esa base material, crean una ideología propia, el marxismo, que sirve a su propósito de transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista.

El proletariado tiene una importancia crucial en la producción nacional. Si miramos las estadísticas, estas nos muestran que el 80,6% del valor agregado del Producto Interno Bruto nacional fue creado por los trabajadores, riqueza que equivalió a 377,2 billones de pesos, mientras que el campesinado aportó el 2,6%, 12 billones de pesos, y otros sectores contribuyeron con el restante 16,8%, 78,5 billones. Sin duda, la clase obrera se ha transformado en la fuerza social de mayor peso específico dentro del bloque dominado en la sociedad colombiana a pesar de su inmadurez histórica, su dispersión y desorganización y su profundo grado de enajenación y alienación. Los factores objetivos, en consecuencia, le reservan el papel de vanguardia social en el proceso transformador que tarde o temprano habrá de abocar nuestro país. En resumen, la clase obrera es la única clase social cuyos intereses son irreconciliables con los de los capitalistas y reúne todas las condiciones objetivas para llevar hasta el fin la construcción del socialismo. Es la clase social que participa en la producción socializada que genera el capitalismo, la cual choca con su sistema de apropiación privada; está constituida por vendedores de fuerza de trabajo, expropiados del fruto de su trabajo, sometidos a la explo-

tación y opresión de la burguesía. Esa clase social, en la medida en que se extienden las relaciones sociales de producción capitalista, tiende a crecer –independientemente de las relaciones laborales y modalidades de contratación que empleen los patronos o que regule su Estado-. Así, el proletariado se reproduce y extiende, convirtiéndose a la larga en la clase mayoritaria y en la más organizada e influyente de cuantas conforman el bloque dominado. Posicionado en el corazón del capitalismo –la agroindustria, la minería, la industria, las finanzas y los servicios productivos-, su ubicación tiene una importancia estratégica, que lo convierte en decisivo a la hora de detener la marcha del sistema capitalista mediante un paro general, pues es el único conglomerado social que puede hacerlo. Es por ello que cualquier estrategia debe contarle como fuerza motriz.

Los sindicatos, sin duda, tendrán un papel decisivo en la organización y formación ideológica y política de los trabajadores colombianos y en su nueva construcción cultural. El accionar sindical, especialmente el de los dirigentes, facilitarán o entorpecerán la concreción de sus intereses históricos. Si la clase obrera es la fuerza motriz del proceso revolucionario nacional, quien dirige y hegemoniza el proceso, no es suficiente, por sí misma, para realizarla. Por consiguiente, debe recurrir a realizar tanto alianzas estratégicas como tácticas. En este caso, sus aliados de largo aliento son los campesinos, la pequeña burguesía urbana y los distintos estamentos que conforman el bloque dominado. Hay otros aliados probables, que en determinadas circunstancias pueden brindar soporte a la clase obrera. Esas fuerzas, que dan un apoyo pasajero dentro de la contienda, no sé pueden señalar de antemano, pues son aliados tácticos que aparecerán en períodos determinados de la lucha de clases.



¹⁶ Ibidem.

6. El programa es antiimperialista y democrático. El programa mínimo es la recapitulación de las aspiraciones que la clase obrera y el pueblo pueden materializar en las actuales condiciones socioeconómicas. Se enlaza con el programa máximo, la realización del socialismo y el comunismo, pues contiene algunas líneas gruesas que inician su construcción. El programa contiene seis puntos que son soberanía, democracia, bienestar, paz, desarrollo e integración latinoamericana¹⁷. Puesto que ejecutar la idea programática requiere de una república democrática y de una nueva forma de gobierno, este último debe ser soberano, democrático, de unidad y reconstrucción nacional. Coadyuvar en la concreción del programa y de sus propuestas de largo plazo, significa, para los sindicatos, dotarse de la estrategia y saberla relacionar con su política general articuladora de principio a fin de todas las actividades de la vida de la organización social y del trabajador.

Obstáculos para desarrollar la estrategia sindical

Las organizaciones sindicales en nuestro país no han adoptado una estrategia particular, una política y un plan de largo plazo, que guíe su accionar y oriente su disposición de fuerzas de poder a fin de contribuir a su propia emancipación, incorporar a sus miembros a la lucha política, dirigir centralmente todas sus acciones, en todos los campos, en los distintos períodos de la lucha de clases, a confrontar la política y el poder burgués, mejorar el nivel de vida de los trabajadores, ganar influencia social y política creciente en la sociedad, posicionarse en los centros de producción y servicios que son estratégicos dentro de la estructura económica del capitalismo local, construir su propio poder económico, político, social, ideológico y cultural, una propuesta democrática de soberanía

y autodeterminación nacional, democracia, paz, desarrollo y bienestar para las mayorías y soluciones a los problemas estructurales que enfrentan, las cuales deben enmarcarse en la construcción del socialismo.

Al examinar el origen de tal limitación, encontramos una cadena de hechos objetivos y de errores propios de la mayoría de sus dirigentes tradicionales. El comportamiento de estos últimos ha arraigado vicios ideológicos y políticos en el movimiento que lo han paralizado, llevándolo a actuar exclusivamente en el corto plazo y a negar cualquier tipo de acción política. Tornaron así, esos dirigentes, la acción de los sindicatos de ofensiva en defensiva, se quedaron exclusivamente en la resistencia inútil a las medidas laborales de corte neoliberal implementadas por gobiernos y patronos, mientras ellas se imponían. Carentes de perspectiva, mantuvieron a los sindicatos y a los trabajadores en el lugar subalterno y dependiente que les quiere imponer la clase dominante, condenándolos a la precarización, la pobreza, la superexplotación y la opresión política. Semejante desfase, conduce inevitablemente al inmediatismo, desvincula la lucha económica de la política en la actividad sindical, separando la acción reivindicativa de la lucha por una sociedad más justa, transformando a la inmensa mayoría de los sindicatos en patronales y reformistas.

Ahora bien, construir una estrategia sindical es imposible si consideramos que nuestras fuerzas corresponden únicamente nuestros afiliados. Su número está tan menguado que el movimiento sindical puede desaparecer sino adopta cambios dramáticos en su concepción, en su organización y en su práctica cotidiana y, sobre todo, en su proceso de acumulación de fuerzas de poder. Ahora bien, hay factores cruciales que han impedido que los sindicatos hayan trazado una estrategia

¹⁷ Ver documento sobre el programa



de acumulación de fuerzas de poder, la cual debería transformar la desacumulación en acervo sostenible, los cuales son:

1. Brutal ofensiva táctica y estratégica de la burguesía. La criminal alianza formada entre imperialistas, y las burguesías financiera criolla, burocrática y lumpen –cuya fuerza de choque es el narco-paramilitarismo- y los terratenientes, destruyeron gran parte del acumulado sindical en cantidad y calidad, los derechos conquistados en el campo laboral, de asociación y libertad sindical, sembraron la deslaboralización, la flexibilización del trabajo, la tercerización en la contratación y la precarización salarial, incrementaron la ultraexplotación mediante extenuantes ritmos y jornadas de trabajo e impusieron el terror en las fábricas, empresas y en general en la sociedad. Modificaron profundamente la cultura popular e instauraron el darwinismo social como norma de comportamiento dominante. Su ofensiva contrarrevolucionaria se dirigió no sólo a aniquilar al movimiento sindical, sino también a controlarlo, ahondando el patronalismo en la mayoría de las organizaciones. Enfrentar este obstáculo mediante la neutralización de la ofensiva contrarrevolucionaria al interior de la clase obrera y la derrota del patronalismo, es un paso a dar en la concreción de la estrategia sindical. Tener mentalidad ofensiva, quebrar el esquema de control y dominación impuesto por los de arriba, resistir y acumular mediante la aplicación profunda de la política de reconstrucción del movimiento y la reconquista de derechos para los trabajadores, a la par que plasmamos sus intereses inmediatos y creamos las condiciones para alcanzar sus intereses históricos, es el camino adecuado.

2. Desfavorable correlación de fuerzas. La oligarquía ha conseguido aislar a los trabajadores organizados de la inmensa mayoría de sus congéneres; prácticamente el 97% de ellos están desorganizados, contribuyendo enormemente al debilitamiento del movimiento sindical. Quienes se atreven a afiliar-

se a un sindicato son perseguidos constantemente y sometidos a tratos humillantes en la mayoría de las fábricas. Indudablemente ese aislamiento contribuye significativamente a no poder avanzar en la materialización de una estrategia. Si no hay, al menos, un avance numérico importante y un desarrollo cualitativo del movimiento, no se podrán resolver las dificultades tácticas y estratégicas que en el presente afrontan sus organizaciones. Por ende, ellas tampoco podrán contribuir a resolver el problema nacional ni económico-social existente en nuestro país, con lo cual esta es una tarea prioritaria, que hay que concretar inmediatamente. Cambiar la actual correlación de fuerzas es una necesidad imperativa, ya que el éxito o fracaso que pueda tener el cerco montado por el poder burgués sobre el movimiento sindical, depende, en gran medida, del aprovechamiento que los capitalistas puedan hacer de la actual favorabilidad en la correlación de fuerzas. Así mismo, el triunfo o la derrota del movimiento sindical, en este período, depende, de manera decisiva, de una serie de factores interrelacionados, como son los cambios que los obreros le puedan dar a la dinámica de la lucha de clases, el tipo de iniciativas que puedan desplegar para quebrar el esquema que la burguesía tiene planteado para consolidarse como fuerza hegemónica en el actual período de la lucha de clases, el rumbo que toman sus tendencias actuales, que conducen a la afirmación o no del esquema neoliberal de dominación burguesa y los cambios que puedan ocurrir en la actual correlación de fuerzas.

3. Preeminencia de la concepción burguesa. En las organizaciones sindicales la ideología dominante ha sido la de la clase que detenta el poder. Ésta es una de las causas subjetivas que ha tenido mayor peso en su crisis. Los trabajadores no han desarrollado su ideología, conciencia de clase, ética y cultura que les posibilite reconocerse así mismos como sujeto histórico. Cumplir esa tarea no se veía como algo fundamental para



poder concretar sus aspiraciones presentes y avanzar en sus sueños de largo plazo. Algunos dirigentes se centraron en desarrollar un discurso político superficial de izquierda y hacerse elegir en los cargos burocráticos clave que facilitaban el control sobre los sindicatos. Sin embargo, olvidaron que esto no era suficiente y que era clave construir conciencia social y política en los trabajadores y propuestas de largo, mediano y corto plazo para los sindicatos con el propósito no sólo de enfrentar la dominación ideológica patronal sino también su dispositivo ideológico-cultural, social, político y económico. El bajo grado de conciencia del proletariado y la estrechez política de la izquierda no sólo repercutió en el apuntalamiento de la concepción burguesa sino también en el insuficiente desarrollo teórico del pensamiento obrero en el país y en la exigua asimilación de su experiencia política nacional e internacional e impidió desbrozar caminos ya transitados por otros y combatir a fondo la concepción burguesa dentro de los sindicatos. El resultado final fue que en la base obrera se profundizaron las concepciones, ética, cultura, lógica, política y práctica económica burguesa, las cuales se fueron afianzando en la medida en que la ofensiva contrarrevolucionaria avanzaba por todo el país.

4. Predominio del economismo. La inmensa mayoría de los dirigentes sindicales y de los sindicatos han reducido toda la lucha de los trabajadores a las conquistas inmediatas –alzas salariales, seguridad social e industrial, etc.–, reforzando en la mentalidad del trabajador su subordinación e impotencia ante el capitalismo y la burguesía. Los economistas olvidaron educar a los trabajadores en la lucha por sus reivindicaciones generales de clase y más bien ayudaron eficazmente a profundizar en el movimiento obrero nacional, y en la organización y dirección de los sindicatos, las concepciones y políticas reaccionarias. Ese comportamiento consolidó la pérdida de su identidad de clase y moldeó en los

sindicatos una conducta cortoplacista y utilitarista entre dirigentes y bases.

5. Imposición del reformismo. Con una imposición casi generalizada del reformismo dentro de los sindicatos, se predicó por parte de muchos dirigentes que la lucha de clases no existía, por tanto que el movimiento sindical no estaba inmerso en esa contienda. Parte de su argumentación radica en decir que este postulado es anacrónico, las bases lo ignoran y rechazan cualquier enfrentamiento con los patronos. Por otra parte, se limitan a criticar los efectos más nocivos del capitalismo, mientras su propuesta se centra en corregirlos, sin cuestionar en absoluto sus causas y menos la estructura explotadora y opresora propia de este modo de producción. Mientras tanto, los patronos si han entendido que en Colombia los tiempos de paz con el movimiento obrero hace tiempo se han acabado. Recurren, por tanto, a todos los mecanismos violentos para aplicar su política ultra reaccionaria. Ellos si comprenden el carácter de la lucha de clases y la ejecutan despiadadamente.

6. Aburguesamiento de los dirigentes. El aburguesamiento de la mayoría de los dirigentes sindicales, expresado en su incredulidad hacia la ideología y la política de su propia clase, su individualismo, falta de entrega, energía y disciplina para hacer las tareas, su acomodamiento, conservadurismo, ausencia de creatividad y los perniciosos métodos y estilos de trabajo que han utilizado al interior de los sindicatos, les ha llevado a negarse a entablar una lucha más amplia contra los capitalistas, a reducir el conflicto social a lo estrictamente “necesario”, postrando a los sindicatos y los trabajadores a los pies de los patronos, a rechazar el desarrollo de propuestas políticas transformadoras y a separarse de sus bases.

7. Aislamiento de los sindicatos de la vida política nacional. El economismo y el reformismo encerraron a los sindicatos en las cua-



tro paredes de las fábricas y los aislaron de de la mayoría de los trabajadores y de la población en general. Esas practicas nocivas llevaron al extremo de excluir hasta la familia de los mismos trabajadores afiliados y a aquellos que eran despedidos o jubilados. Al concentrarse solamente en sus luchas reivindicativas, locales e internas, no se interesaron por los grandes problemas ni por la vida política nacional, menos de luchar por ocupar un lugar influyente en los asuntos sociales y políticos del país. Incluso la izquierda los separó de la construcción del poder revolucionario. Así, las formaciones terminaron separadas de la vida social, cultural y política, se convirtieron en nichos burocráticos de minorías que representaban muy poco ante las demás clases y hasta sus dirigentes, quienes supuestamente entendían la política, perdieron el respaldo del conjunto de los trabajadores, los pasaron cuenta de cobro a la hora de luchar por mantener sus reivindicaciones económicas. Los sindicatos, en consecuencia, no sólo vieron esfumar rápidamente sus derechos, sino que también asistieron a la escena donde dejaron de ser protagonistas de primera línea en la vida nacional. Reaccionaron únicamente cuando los efectos más fuertes de las medidas tomadas por la burguesía se hacían sentir sobre los dirigentes, cuando esas medidas habían golpeado en profundidad a sus bases, los efectos eran supremamente destructores y ya era imposible detenerlas utilizando las mismas formas adoptadas tradicionalmente.

8. No aprehensión de la realidad nacional. Los dirigentes sindicales, activistas y bases no tienen un conocimiento científico de la formación económica social colombiana, de los problemas estructurales que esta tiene y de las principales tendencias y movimientos contradictorios que tiene el capitalismo actual en el mundo, Latinoamérica y el país. Tampoco tienen reconocimiento de las necesidades nacionales concretas, lo que los lleva a no enmarcar su accionar dentro de esa realidad y su dinámica. Podríamos decir, en tér-

minos generales, que el movimiento sindical no solo actúa de espaldas al país sino también al margen de las necesidades globales de los trabajadores.

9. Imposición de una visión cosificada, omnimoda y dogmática del marxismo. La estrechez de miras condujo a la izquierda y una buena parte del movimiento obrero colombiano a la conclusión de que la teoría y praxis revolucionaria estaban terminadas, por tanto no había nada nuevo que construir. El marxismo, según sus exegetas criollos, había completado su ciclo teórico-práctico y, en consecuencia, lo único que restaba era aplicar el infalible recetario trazado por quienes tenían la verdad incuestionable. Así, lo coherente y consecuente era utilizar lo ya definido y trazado en otras latitudes, que era abundantemente copiado por los intérpretes absolutos de la doctrina. Había que seguir exactamente ese camino. Esa visión desembocó en el atraso teórico, se convirtió en obstáculo significativo para el desarrollo del pensamiento obrero en el país y paralizó la acción política de los sindicatos, pues a estos últimos, bajo tal concepción, solo les cabía desenvolverse en la lucha económica y en el mandado supuestamente político que había que hacerle al grupo de turno que controlaba su dirección. La tesis se remarcó con la actitud de la izquierda de convertir a los sindicatos en organizaciones pasivas y dependientes, receptoras y transmisoras de las opiniones de las direcciones de esas organizaciones. Tanto los líderes sindicales como la izquierda consideraban que la política debía ser potestad exclusiva de esta última. Ella se elaboraba y se practicaba desde arriba, en una especie de ejercicio de elite, el cual repetía el consabido esquema burgués. Los de abajo debían limitarse a obedecer. Cualquier manifestación de política hecha desde los sindicatos era calificada de anarcosindicalista. En ese esquema, las organizaciones de los trabajadores no cabían como actores centrales, jugando solo un papel secundario, por tanto, no podían tener



un desarrollo político propio, ni autonomía organizativa, menos sus propios órganos de poder. La conclusión es que se impuso un falso esquema donde se decía que la lucha política correspondía únicamente a las organizaciones políticas y la lucha económica a las organizaciones sindicales. Ante la naturaleza de esta definición no era viable construir estrategias particulares, propias de los sindicatos, que contribuyeran a concretar tanto el proyecto hegemónico incluyente de la clase obrera como la materialización de su pensamiento.

10. Ausencia de una propuesta democrática. El no tener referentes políticos claros frenó la posibilidad de construir la estrategia sectorial desde las organizaciones sindicales. Sin una propuesta general para la sociedad, que fuera alcanzable y respondiera a las condiciones que hoy vive Colombia, el movimiento se vio privado de guía y reforzó su economismo, subjetivismo y cortoplacismo, se alejó de su papel político, que le posibilitaba coadyuvar en la construcción de soluciones a los grandes problemas nacionales, se aisló y atomizó organizativamente. Bajo esa condición, no era posible pasar de la lucha de resistencia laboral, tradicional en los sindicatos, a formas de lucha más ofensivas, más políticas y de largo alcance. Era, entonces, una herejía hablar de construir una estrategia sindical. Para fortuna de algunas organizaciones, esta visión política ha venido cambiando en su interior, no sin resistencia y lucha dada por los patronales, las burocracias sindicales y por los sectores más atrasados. Dicho cambio, que apenas comienza, es fruto tanto de las evaluaciones de su práctica política y de los resultados obtenidos en el anterior período de la lucha de clases, como de las exigencias y pruebas a las que los ha sometido la realidad. Profundizar esta tendencia es vital para que el movimiento pueda tanto enfrentar este periodo contrarrevolucionario como enfocar sus esfuerzos en la construcción de largo plazo. Para ello no sólo hay que poseer

la capacidad teórica para elaborar la estrategia sindical, sino también saber superar los problemas de concepción y metodológicos que tenemos los cuales nos han impedido construir identidad de clase con la bases, ligar nuestras propuestas políticas a las necesidades más sentidas que tienen los trabajadores y la población, a su lógica, e idiosincrasia y articular de manera acertada las aspiraciones de la clase obrera con las de las mayorías que componen la sociedad colombiana. Si no resolvemos este vacío, nuestro planteamiento se convertirá en letra muerta.

Hoy no solo es posible sino necesario plantearse, como obligación, el hacer política desde las organizaciones sindicales; ello conlleva concretar estrategias de trabajo propias, que contribuyan a la resolución de los problemas nacionales. Desde luego, no podemos desconocer la existencia de enormes obstáculos que impiden configurar y concretar una guía de trabajo de este tipo. Esos obstáculos son plenamente superables si existe una actitud firme y decidida, por parte del movimiento obrero y sus dirigentes, para corregir sus errores y combatir decididamente la influencia de la burguesía dentro del movimiento obrero y sus manifestaciones más arraigadas: el patronalismo, el economismo y el reformismo.

Qué es la estrategia sindical

Los sindicatos requieren darle continuidad y perspectiva coherente a su accionar integral de largo plazo, que les permita ordenar sus fuerzas y racionalizar el trabajo. Igualmente, precisan definir sus objetivos históricos, alcanzables y deseables, representando las aspiraciones más sentidas de los trabajadores, base para ordenar sus actividades teóricas y prácticas, las cuales deben armonizar las perspectivas con el trabajo cotidiano, articulando lo urgente con lo importante, y construir desde abajo soluciones completas a los problemas estructurales internos y externos que enfrentan, tales como los de organizar,



formar y movilizar su potencial humano, desarrollar el conocimiento de la realidad desde una interpretación científica del mundo, aprovechar al máximo sus recursos, crecer solidamente, fortalecer el sistema nacional de dirección colectiva y mejorar sensiblemente sus métodos y estilos de trabajo, entre otros. De la misma manera, urge quebrar las tendencias actuales que marcan la lucha laboral y política de trabajadores contra patronos. Esas tendencias están caracterizadas por la pérdida de derechos sociales, económicos y políticos, la superexplotación, el empobrecimiento, el agudo control ideológico que tienen los segundos sobre los primeros, la probable desaparición de las organizaciones sindicales, junto con las Convenciones Colectivas de Trabajo, si estas no rompen su aislamiento, dispersión y división interna, y la más amenazante de todas, la imposición definitiva de la contrarrevolución, que hundiría al país, durante generaciones, en la brutal dominación fascista impuesta por el imperialismo y la oligarquía financiera criolla.

Para ordenar nuestros esfuerzos en pos de conquistar esos objetivos, es necesario dotarnos de la estrategia y táctica sindical, que nos permita ligar nuestra lucha inmediata con el horizonte de largo plazo, garantía para avanzar diariamente en pos de los propósitos estratégicos colectivos y herramienta necesaria para modificar el comportamiento económico, laboral, social, político e ideológico de los sindicatos. Desarrollar esas dos armas, sus objetivos y sus líneas de acumulación de fuerzas, depende de las definiciones políticas que tome cada organización. En otras palabras, del diagnóstico de la realidad, del análisis político y de la reflexión sobre su práctica, que determinan la toma de decisiones colectivas. Es posible avanzar con éxito en la implementación de una estrategia siempre y cuando ésta, primero que todo, apunte a resolver los obstáculos inmediatos que afrontamos, especialmente los internos y, segundo, confronte, debilite y reste fuerzas a los pa-

tronos y su Estado. En esa confrontación hay avances y retrocesos, victorias y derrotas, sin embargo, lo importante es fortalecerse en el mediano y largo plazo para obtener una favorable correlación estratégica de fuerzas. Bajo esa lógica, la estrategia sindical se confronta diariamente con la estrategia contrarrevolucionaria, que ha sido diseñada y ejecutada por los enemigos de la clase obrera y el pueblo en esta etapa de la lucha de clases.

Una estrategia no sale del sombrero del mago. Se sustenta en la reunión de un conjunto de definiciones, aspiraciones y experiencias histórico-concretas. Sirve para ordenar conocimientos, ideas, y prácticas; le da proyección al que hacer actual y marca el camino que debemos recorrer en el futuro; nos posibilita ordenar nuestras fuerzas, racionalizar el trabajo, ser eficaces, eficientes, efectivos y tener calidad en el trabajo; nos dota de capacidad de análisis para analizar las estrategias del contrario, su posicionamiento, conocer problemas a enfrentar y resistir y vencer a las políticas contrarrevolucionarias; además, condensa y orienta nuestro esfuerzo para materializar las políticas, y, finalmente, prepara a dirigentes, activistas y bases para tomar decisiones y cumplir a cabalidad con planes duraderos y tareas estratégicas, tácticas y coyunturales que les son asignadas. Siendo así, sí la guía fundamental de nuestro trabajo es la estrategia, lo más relevante no es quienes dirigen la organización, pues los que están a la cabeza tienen un ordenamiento y un mandato colectivo que les obliga a desarrollar dichas políticas, sino cuales son las políticas que los guían. En otro sentido, la estrategia es de masas, estable e integral; articula la acción sindical en el largo, mediano y corto plazo; robustece la teoría y nos exige tener una visión y respuestas completas a la realidad; obliga a precisarle un nuevo papel a los sindicatos y a su objetivo central, también vuelve imperativo construirla colectivamente, pone en juego nuestra política y define un plan general de construcción, que es el que hace practica la estrategia.



Definámosla ahora. La estrategia sindical es el dispositivo general que reúne sistemáticamente al conjunto de líneas gruesas de acción que guían el accionar de largo plazo de nuestros sindicatos con el fin de concretar sus objetivos históricos. Implica la definición, diseño e implementación colectiva de tales líneas, que se manifiestan en la acumulación económica, política, ideológica, cultural y en la vida social y en las tareas destinadas a superar los problemas y obstáculos más inmediatos o de mediano plazo, que impiden nuestro propio desarrollo y nos sumen en el aislamiento. El propósito central de la estrategia es alcanzar la superioridad en la correlación de fuerzas en todos los campos y el poder¹⁸, en cantidad y calidad, suficiente para mejorar las condiciones de vida de las mayorías, construir sus propuestas democráticas y profundizar la alianza internacionalista para combatir el imperialismo, contribuyendo así a materializar la hegemonía incluyente de la clase obrera y la transformación profunda de las estructuras económico-sociales en Colombia.

La estrategia se cimenta en la participación democrática de la base. Para lograrla, es necesario romper con las concepciones fatalistas, la dependencia del patrón, la incredulidad en su organización y la inmovilidad colectiva. Hay que hacer concientes a los miembros de los sindicatos que la actual crisis por la que atravesamos, en gran medida, es fruto de la política y actitud que hemos adoptado ante nuestra clase social y la organización sindical. Esta sólo es superable si los trabajadores rasos empiezan a participar activamente, se reconocen como protagonistas principales de éste proceso, se concientizan, ven posible

cambiar el actual rumbo de los acontecimientos y desarrollan una actitud práctica, que los empuje a modificar su concepción, creencias y conducta. Hay que dar el paso a creer que somos capaces de transformar lo existente. La humanidad ya lo ha hecho en oportunidades anteriores. Para realizarlo, tenemos que identificar cuales son las causas que han originado la crisis y apropiarnos de ellas para cambiar esa tendencia. Los dirigentes deben contribuir a facilitar la participación de la base creándoles suficientes canales democráticos de formación y decisión y estimularlos a explorar respuestas diferentes y creativas a los problemas que afrontamos. En esa medida, el primero que tiene que transformar su concepción del mundo, valores, creencias, actitudes, métodos y estilos de trabajo, el lenguaje y la forma de expresarse, es el dirigente. Para él es clave descifrar la lógica de la base y desde allí contribuir a transformar comportamientos, tanto los propios como los de los asociados.

Asumir la estrategia sindical significa modificar definitivamente la hoja de ruta anteriormente definida por los sindicatos. Tendremos vaivenes, vicisitudes, cambios y dificultades, pero la estrategia se aplicará dinámicamente, sin alterar las bases que hemos adoptado, sino, por el contrario, tenderá a desarrollarlas y fortalecerlas. Al acogerla adquirimos el compromiso de ejecutarla sin pausa hasta conseguir sus objetivos. La construcción continua de la estrategia requiere definir un camino claro de corto y mediano plazo, que se denomina táctica. La táctica es el comportamiento político coherente y flexible, dirigido a acumular fuerzas en las condiciones concretas en que se desenvuelve la lucha de



¹⁸ Poder es la capacidad que tienen las clases y movimientos sociales y políticos que las representan para desarrollar su hegemonía, dentro de los diversos niveles de confrontación económica, ideológica, social y política que existen, acumular fuerzas en todos los campos a fin de garantizar la consecución de los objetivos programáticos, tener gobernabilidad en los espacios conquistados y lograr soluciones crecientes de las necesidades más sentidas por la población. El poder se construye como un todo. En otras palabras, se requieren integrar los factores económicos, políticos, ideológicos, sociales y culturales, que son los que lo componen, para poder desarrollarlo en una situación económica y social concreta y en espacios y tiempos concretos.

clases en un período¹⁹ determinado. La definimos, entonces, como la cristalización de las líneas estratégicas de acumulación de fuerzas de poder en unas condiciones ideológicas, culturales, sociales, políticas y económicas concretas y particulares, dentro de una correlación de fuerzas determinada.

Ahora bien, no hay concreción de la estrategia sin plan estratégico. El plan estratégico es la organización del conjunto de acciones clave de largo plazo, que guía, cohesiona e integra la acción del colectivo organizado para dar cumplimiento a sus objetivos históricos. Nos permite mantener nuestro accionar enfocado en una sola dirección y construir propósitos, ejes de poder, metas y directrices estratégicas del proceso de acumulación de fuerzas, creando las condiciones para pasar de un período de la lucha de clases donde la correlación de fuerzas nos es desfavorable a otro donde se cuente a nuestro favor. Es una herramienta de trabajo permanente, carta de navegación de los equipos de trabajo tanto de conducción como de base, así como de las estructuras y compañeros. Desde él, todos los organismos deben desglosar sus actividades y responsabilidades. Para que los planes sean exitosos, se necesita que las definiciones políticas, punto de partida del proceso, sean correctas; los objetivos a alcanzar reflejen plenamente nuestra política; haya una articulación adecuada del sistema nacional de planeación, o sea, del plan estratégico, el plan táctico, el plan funcional y el plan de campaña, los métodos, procedimientos y estilos sean los adecuados, se busquen y pongan a disposición los esfuerzos humanos –dirigentes, activistas, masa- y los recursos económicos –infraestructura, economía y finanzas-, haya una dirección estratégica y

táctica acertada, coherencia entre definiciones políticas, planeación y acción por parte de las organizaciones, sus miembros y su dirección y se tome la iniciativa, rompiendo las tendencias externas e internas, que impiden acumular fuerzas y debilitan a la organización. Además, se debe asegurar que todas las actividades diseñadas se cumplen eficazmente y establecer un sistema de seguimiento y control capaz de evaluar y superar las anomalías producidas.

Diferencias entre las estrategias sindical y partidaria

La estrategia sindical no reemplaza ni desplaza a la estrategia partidaria. Tampoco son equiparables, pues si bien tienen objetivos comunes, hay diferencias cualitativas en ellas. La estrategia partidaria surge como un conjunto de preceptos que orientan el accionar de una organización política que busca revolucionar las relaciones económico-sociales existentes, ligarse, representar y dirigir a las masas explotadas en función de construir hegemonía proletaria, poder de los trabajadores y el pueblo, materializar su programa revolucionario y convertirlo en su punto de llegada y aspiración fundamental en la concreción de la estrategia. La estrategia partidaria es elaborada y puesta en marcha por una organización política, compuesta por un conjunto de hombres procedentes de diversas clases y sectores de la población, que están dispuestos a emprender una acción política consciente y prolongada para concretar unos intereses de clase predefinidos. Toda organización política de por sí tiene una estrategia, táctica y programa que dirige sus acciones. Es en función de alcanzar, en el largo plazo, ese programa,



¹⁹ El período establece y precisa, en el marco de una etapa dada de la lucha de las clases en un país y en consonancia con las condiciones objetivas y subjetivas reiterantes en este, la forma concreta y dinámica que asumen las condiciones de poder, y por tanto la correlación de fuerzas, entre las clases y las fuerzas contendientes. Tal correlación se da tanto en calidad como en cantidad y se mide de acuerdo con el acumulado, ideológico, cultural, político, social y económico que tienen los bandos enfrentados. El período entonces está definido por la inferioridad, equilibrio o superioridad de fuerzas de uno u otro lado de los combatientes en la lucha social.

que se construye un dispositivo general de fuerzas de poder, de formas de lucha, de organización, etc., que dura un tiempo indefinido hasta cumplir con el fin propuesto.

A diferencia de la estrategia partidaria, la estrategia sindical se materializa a través de un largo proceso de concientización de dirigentes y bases de la organización social. Por tanto, es el producto consciente y racional de trabajadores organizados con conciencia de clase, que desean defender y ampliar sus derechos y conquistas y plasmar sus intereses inmediatos e históricos. Por lo demás, ellos se dotan de política y acciones para tomar la iniciativa y responder a la feroz ofensiva lanzada por los capitalistas. Entienden, así, que hay que desarrollar, desde los sindicatos, actividades de largo plazo que abarquen la lucha económica, ideológica y política para poder enfrentar a sus enemigos.

Entonces, lo que para la organización política es un prerequisite -la estrategia-, para la organización social es el resultado de un largo proceso de lucha ideológica y cultural, económica, política y social. Así mismo, una estrategia sindical si bien se inscribe dentro de las aspiraciones generales del proletario y del pueblo y se trabaja en función de coadyuvar a la materialización de tales intereses, no tiene como objetivo conducir el accionar global de la población ni encabezar la cristalización de todo el programa, así este sea aceptado, agitado y propagandizado por la organización sindical.

Ahora bien, los objetivos generales que define la estrategia sindical son básicamente dos: contribuir a materializar las aspiraciones e intereses históricos de la clase obrera y a edificar una propuesta nacional programática y construir una propuesta específica de solución de largo plazo frente al problema estructural en que está envuelto cada sindicato por sistema. De acuerdo con esos objetivos generales -habitualmente enunciados en una propuesta política-, con el papel que desempeña

en la lucha de clases y con su desarrollo político, la organización sindical traza su estrategia, que es cualitativamente diferente a la partidaria, así también las dos tengan puntos comunes. Para hacer más gráfica la diferenciación, la estrategia partidaria la definimos como la expresión más acabada que tiene el dispositivo general de dirección de la revolución para materializar las aspiraciones de largo plazo de los explotados, mientras que la estrategia sindical es un elemento auxiliar en el propósito de construir esa revolución. Mientras la partidaria hace énfasis en el programa general, sin olvidar las propuestas específicas; la de la organización sindical destaca la propuesta política particular, sin olvidar ligarla a la propuesta general y sin hacer a un lado en su agitación y propagandización. La partidaria, desde el primer momento, se propone impulsar las más amplias y variadas formas de lucha y organización y las más diversas formas de acumulación, mientras que la organización social está limitada en estos campos por su carácter, la correlación de fuerzas existentes en un momento dado y las coyunturas políticas. Sin embargo, es preciso anotar que este hecho no significa ni separación absoluta ni subordinación absoluta entre estos dos instrumentos de los trabajadores. En el primero de los casos, la separación absoluta, el sindicato necesariamente no podría contribuir a edificar el objetivo estratégico. Además, estaría condenado a enfrentar a sus enemigos en solitario y sin perspectiva, pues carecería de estrategia. De ahí la importancia que la burguesía le otorga a mantener o ensanchar la brecha que separa a las organizaciones sociales de las organizaciones políticas de izquierda. En el segundo de los casos, la subordinación absoluta, ocurre la eliminación del desarrollo político de trabajadores, su reducción a simples agentes transmisores del pensamiento absolutista del partido; reproduciéndose, de esta manera, un esquema de poder partido-masas antidemocrático y excluyente. El desarrollo de la estrategia sindical permite ayudar a superar, de alguna



forma, estas dos aberraciones políticas. Tal idea parte, desde luego, de reconocer que las organizaciones sociales tienen una dinámica política propia, autónoma, que es diferente a la de las organizaciones políticas. No hay por qué pensar que se desembocará en un choque político entre ambas instancias organizativas. Los sindicatos pueden y deben contribuir al desarrollo del movimiento revolucionario con propuestas y acciones que lo fortalezcan, así como con aportes a la teoría y a la política general del proletariado. Ello no significa, que se van a ocupar de elaborar el conjunto del pensamiento revolucionario o de dirigir el movimiento en su conjunto, ni a confundir el papel de ser organización de masas con el de partido.

Lo que expresa la realidad actual es que esta vía de construcción es posible, demostrando así que el marxismo es una concepción del mundo viva, cuyo desarrollo tiene basamento en aportes teóricos y prácticos del movimiento de masas. Muestra, también, que es posible articular en un solo haz esfuerzos múltiples de los distintos niveles de organización que tiene el movimiento sindical, obrero y revolucionario. La verdad absoluta no la tienen los partidos, tampoco el movimiento sindical. Ésta no existe. No radica en términos omnímodos ni en la una ni en la otra. En consecuencia, entre ambas instancias se puede construir una verdad relativa, que obedezca a una correcta racionalización de la praxis y a la acertada interpretación del movimiento de la naturaleza y de la sociedad, de sus contradicciones, nexos y tendencias. Es posible, de esa manera, que en un tiempo dado quien tenga la razón no sea la estrategia partidaria sino la de los sindicatos, y viceversa. La existencia no solo teórica sino real de esta posibilidad refuerza la necesidad de construir una estrategia sindical propia, más no absolutamente separada sino más bien complementaria pero autónoma.

La relación partido-sindicatos ya no puede ser en una sola vía –arriba-abajo– sino que

debe ser interpretada dentro de un proceso de construcción de poder dialéctico en el cual los sindicatos son protagonistas de primer orden. Tampoco debe ser una relación horizont

al donde el partido rebaje sus tareas, su estrategia y su programa a los niveles de los sindicatos. Debe ser, pues, una relación en doble vía, mediada por la objetividad en la construcción de las propuestas políticas, precisamente porque ellas interpretan la realidad nacional e internacional, reflejando, en esa medida, el movimiento objetivo de la sociedad y el nivel de aprehensión que tenemos de la dinámica de la lucha de clases y de la producción. Es, desde allí, que se definen las acciones necesarias para realizar su transformación, que se resumen en políticas, reflejo de la síntesis permanentemente del movimiento. Si los sindicatos y las fuerzas políticas de izquierda desarrollan una correcta relación de objetivación y guardan su coherencia política, ligando consecuentemente la teoría con la praxis, se dará paso a una relación adecuada entre ambas, no instrumentalizada.

Entonces, hay que evitar a toda costa que las organizaciones políticas de izquierda impongan a los sindicatos, a nombre del marxismo, una concepción absolutista, dogmática, con la impronta de graves errores políticos, y desprecien el aporte teórico y práctica levantado desde ellos, terminando, en últimas, por repetir lo que ha sido la costumbre histórica de la izquierda colombiana: el hegemónizar los aparatos organizativos de la población mediante un férreo control burocrático, sin tomar en cuenta los intereses de las mayorías y prolongando una dominación gamonalística, ajena a la construcción de soluciones políticas. Si hay un correcto desenvolvimiento de la relación ideológica y política entre las dos instancias, la estrategia sindical, en términos generales, se subordinará a la estrategia partidaria, siempre y cuando esta demuestre ser correcta. Aun así, los sindicatos



no perderán su autonomía. En resumen, hay, una complementación de largo plazo entre las estrategias partidaria y sindical. Ambas forman del dispositivo general del que disponen los trabajadores para hacer la revolución y están diseñadas en pos de acumular fuerzas de poder que puedan ser complementarias. No hay que caer en la trampa de interpretar el seductor papel de enemigos de la izquierda revolucionaria, que los renegados y la gran burguesía criolla e imperialista quieren darles a los dirigentes sindicales. Pero tampoco adoptar la actitud simplista y dependiente de que los partidos tienen la razón absoluta y lo único que deben hacer los sindicatos es obedecerles. Queremos aportar al acumulado revolucionario y a su teoría, transformando en fuerza viva de acción a los sindicatos, convirtiéndolos en amplias organizaciones de combate que orienten buena parte de sus esfuerzos en la conquista de la nueva sociedad, al mismo tiempo que sus bases, activistas y dirigentes racionalizan su práctica histórica y corrigen sus profundos errores, potencian su experiencia y desarrollan políticas de largo plazo, enmarcadas en la estrategia política de poder, sin derivar en el anarcosindicalismo ni el instrumentalismo. Reivindicamos, desde luego, una relación dialéctica partido-masas en la cual hay complementariedad y reconocimiento del protagonismo de los trabajadores y del pueblo y sus organizaciones de base en la construcción de la nueva hegemonía incluyente de la clase obrera y en el papel que juegan en la lucha cotidiana contra la política general de la oligarquía y el imperialismo.

Componentes fundamentales de la estrategia sindical

La estrategia sindical, como ya mencionamos anteriormente, tiene, en cada etapa en particular, un objetivo a alcanzar, una fuerza revolucionaria fundamental, la que sostiene la contradicción principal con la clase dominante, a la cual apoyan unos aliados, y unas tareas centrales a realizar a través de la reali-

zación del proceso de acumulación de fuerzas de poder, en medio de la dinámica internacionalista, latinoamericanista y nacional que tiene la lucha de clases. Al mismo tiempo, su materialización implica la definición de unos componentes esenciales, cuales son las líneas de acumulación de largo plazo, las formas de lucha y las formas de organización, las alianzas a realizar, la geoestrategia a desarrollar y la política internacionalista y continentalista a implementar. Estudiemos uno a uno los puntos mencionados.

1. Líneas de acumulación de fuerzas de poder. Son líneas gruesas inmodificables, que guían la construcción de los factores esenciales para acumular poder y revertir la correlación de fuerzas de desfavorable en favorable tanto al interior de la clase obrera como en relación con el acervo integral que hegemoniza la burguesía. Esas líneas tienen una aplicación flexible de acuerdo con las condiciones concretas en las cuales se desenvuelve la lucha de clases en el país, Latinoamérica y el mundo y en relación con la correlación específica de fuerzas que exista entre el proletariado y sus aliados con sus contendientes, el bloque dominante, en un período determinado. Ellas están contenidas en el plan estratégico y su cristalización se irá ampliando en la medida en que éste se vaya desarrollando exitosamente. Especifiquemos, ahora, cuales son las líneas de acumulación.

a. Trabajo ideológico. Implica el desarrollo cualitativo de la fuerza social revolucionaria en el largo plazo, a través de catapultar de nuevo la concepción y lógica materialista dialéctica, enriqueciendo su acervo en nuestras condiciones concretas, aplicándola a la ciencia, a la construcción de la conciencia social y política de los trabajadores, a la identidad nacional y de clase, a la moral y a la ética, a la libertad –en contraposición a la enajenación y alienación burguesa- a la cultura proletaria, a la comunicación, a la educación y pedagogía, al arte, la ciencia y la cultura, a la recreación y al deporte y a la inves-





tigación. El factor principal, en este caso, es propagar y elevar la conciencia de clase de los trabajadores, pues sólo en la medida en que ellos tienen conciencia de la realidad social, del desarrollo que adquiere la lucha de clases, de su potencialidad, capacidad y propio poder y de sus objetivos históricos podrán dinamizar todo su ímpetu y capacidad creadora, lo que dará paso a un nuevo comportamiento político y social, que facilite su organización y movilización en pos de conseguir sus propósitos y su bienestar. Otro factor crucial es el de desarrollar sus valores como la moral, la ética y la cultura de la responsabilidad. Nuestros comportamientos actuales son fruto de las condiciones histórico concretas en que vivimos. Debemos, entonces, luchar por transformarlos. Ello es posible porque la moral no es un sistema cerrado y terminado de principios, normas y valores. Por el contrario, estos se modifican y desarrollan permanentemente, incorporando a su acumulado el análisis de todas las manifestaciones materiales y espirituales aparecidas en el transcurrir de la historia. Por otra parte, nuestra ética resume lo mejor de la cultura y la moral humana y nos sirve para eliminar taras y vicios propios de la moral burguesa, desarrollando en la vida concreta nuevos valores, ideales y normas de conducta congruentes con los intereses y aspiraciones históricas de los trabajadores.

Es profundamente humanista el darle un papel conciente al sujeto social como hacedor de la historia y no como agente pasivo de ésta, rompe con la obediencia ciega a las normas y valores preexistentes, convirtiendo al trabajador en un crítico del orden actual, en un ser que tiene permanente avidez de inquietudes y conocimientos, capaz de orientar sus acciones hacia el mejoramiento humano y hacia su superación como ser social. Cambia el papel del sujeto social al transformarlo de ser contemplativo y sumiso en constructor conciente de los ideales más caros a la humanidad, edificador de una moralidad liberadora, colectiva, de ideales altruistas. En ese

marco, aspiramos a construir un sujeto social que busque alcanzar lo mejor para él y para la sociedad, logre llegar al punto más alto posible de su desenvolvimiento intelectual, ideológico, social y político, transforme su conciencia social, desarrolle la praxis revolucionaria y posea una dimensión justa, racional y humanista.

Nuestra ética tiene como eje romper con la alienación del trabajador. Si la alienación se refiere a la explotación del hombre por el hombre, a la pérdida de autonomía y libertad de los seres humanos, y específicamente de los trabajadores, es preciso desarrollar una nueva ética que trabaje por desarrollar normas de conducta que conduzcan a construir una nueva organización económico-social que elimine esa explotación, construya la autonomía, dignidad y libertad, posibilite al ser humano reapropiarse de lo que produce, hacer del trabajo un hecho propio, voluntario, conciente y auto expresivo conducente a la creatividad, el desarrollo individual y colectivo, al bienestar y a la libertad. Combina nuestra ética tres grandes esferas que tienen que ver con el ámbito individual, el organizativo y el político. La ética individual comprende luchar por el ideal moral, es decir, tener la decisión individual de combatir por alcanzar los más caros ideales humanos realizando una acción colectiva y no en solitario, tener coherencia en esa lucha, armonizando lo que se dice con lo que se hace. Debemos ser concientes que quien encarna la ética de los trabajadores es ejemplo vivo para los demás, especialmente para las bases. En su comportamiento se refleja los ideales ético-políticos que se quieren construir. Esa lección impacta profundamente en la psicología de las masas, sirve para configurar creencias e idearios colectivos, transformarlos en fuerza material, lo que hace posible alcanzar las metas aparentemente imposibles. Trabajamos, por supuesto, por construir una tradición crítica y concretar identidades propias, distintas a las alienantes, que propone la gran burguesía.



Nuestra ética nos exige desarrollar una serie de valores y comportamientos que tienen que ver con ser sencillos, no considerarnos superiores a los otros, solidarios, responsables, honrados, no sólo por el hecho de que no somos corruptos sino porque combatimos toda manifestación de corrupción; honestos, asumiendo un comportamiento correcto, no engañándonos a nosotros mismos ni engañando a los demás, no haciendo maniobras, desatando rumores y desarrollando prácticas malsanas para mantener privilegios injustificables; fraternos, eficaces, eficientes, responsables, valientes, justos, no sólo como personas sino también como luchadores por alcanzar el ideal de justicia social, veraces, austeros y respetuosos con nosotros mismos, nuestra familia, los trabajadores y el pueblo; tener amor al trabajo sindical y político, firmeza en la lucha, espíritu de sacrificio, auto exigirnos permanentemente, haciendo ejercicio de la crítica y la autocrítica. Tenemos, además, una ética organizativa, la cual significa fidelidad a la organización, respeto a quienes la forman, impulso a una auténtica democracia, a una nueva cultura política, centrada en valores y prácticas verdaderamente democráticas, desarrollo de procesos formativos permanentes, y defensa colectiva de nuestra ética, que está centrada en valores humanistas. Una ética de la acción política refleja nuestros postulados morales prácticos, que marcan las actitudes políticas de los representantes o dirigentes de los trabajadores y del pueblo. Esas pautas determinan que es posible hacer y que no para busca cambiar las estructuras ideológicas, socioeconómicas y las costumbres propias del capitalismo. En esta batalla ideológica, combatimos los iconos de la ética burguesa y de la antiética sindical: la corrupción, ambición, deshonestidad, injusticia, parasitismo, ineficacia, ineficiencia, arribismo, oportunismo, personalismo, burocratismo y otros males que son producto tanto de la influencia ideológica y política ejercida por la burguesía en nuestro seno como también de

la fuerza de la costumbre, la cual campea en nuestras organizaciones.

Otro campo donde debemos desarrollar el trabajo ideológico es el de la investigación, que abarca tanto el estudio del marxismo, y específicamente de la dialéctica materialista y su lógica, buscando implementar un sistema científico colectivo de diagnóstico e interpretación de la realidad. Su núcleo central está asentado en la identificación de la dinámica, contradicciones y tendencias que prevalecen en las formación económico-social colombiana, las relaciones dialécticas que ésta establece con el conjunto latinoamericano y mundial, la interrelación dependiente existente y el condicionamiento de su estructura y súper estructura por el tipo de desarrollo que tenemos, así como las alternativas políticas que podemos deducir a partir del estudio de dicha realidad.

Además, está la educación, que se orienta a asimilar lo mejor de la herencia científico-cultural, técnica, ideológica, económica y política producida por la humanidad; a fortalecer y desarrollar el conocimiento sobre el marxismo y sobre la teoría burguesa; a enseñar sobre la realidad nacional, latinoamericana y mundial; a procesar y entender todo el saber acumulado sobre los sistemas nacionales de la producción y los servicios; sobre el problema laboral y sindical y sobre la propaganda, comunicación, pedagogía y cultura. El centro de esta actividad va dirigida a crear conciencia de clase, a dotar a los trabajadores de herramientas teórico-prácticas para transformar la realidad, construir una dirección sindical con capacidad estratégica y táctica y educar mediante la acción, la racionalización de las experiencias y la evaluación de los logros alcanzados en el trabajo sindical, siempre trazando correctivos para que los resultados futuros sean superiores. Esos logros son posibles de alcanzar si se construye un sistema nacional de educación colectivo, que forme seres humanos integradores de todas



las esferas de la actividad social -el trabajo, la política, la ideología, la moral, la ética, la pedagogía, el arte, la cultura, la técnica y las ciencias físicas-, se dote del material humano suficiente y elabore los instrumentos didácticos necesarios.

Otro más es el de la propaganda y comunicación, que se ocupa de la difusión amplia y masiva de las ideas, conceptos y conocimientos ideológicos, políticos, científicos, culturales, técnicos y sociales que poseemos para transformar masiva y sólidamente la conciencia y psicología de las masas y de los individuos. Con ese fin, los medios que poseemos -orales, escritos, de audio, video, etc.- deben llamar la atención, motivar y convencer a los trabajadores sobre la justeza y validez de nuestras propuestas, explicándoselas a través de ejemplos concretos, de acontecimientos relevantes, que se dan todos los días en nuestro país y en nuestro sector de trabajo. Para lograr dicho objetivo es necesario dotarse de medios potentes de comunicación, que expandan masivamente las concepciones de los trabajadores, transmitan la verdad, la realidad al pueblo, coadyuven en la recuperación de los símbolos nacionales y en la construcción de nuestros propios símbolos, desarrollen el debate con las ideas burguesas, distinguiendo en él cuales son las opiniones diferentes y contradicciones existentes al interior de los trabajadores y cuales son las que tienen los patronos. La transmisión de nuestras ideas y propuestas deben hacer con creatividad, combatiendo el acartonamiento, la pasividad, el inmovilismo y el conservadurismo en este campo.

Finalmente está el de la cultura, que se encarga de desarrollar la identidad nacional, con base en el rescate y reforzamiento de los valores nacionales no alienantes que unifican a las mayorías y en la creación e incorporación de nuevos valores y símbolos a la cultura nacional. Además, construye la identidad de clase de los obreros colombianos, articuladora de sus valores clave y de su acervo es-

piritual y material, base de la concreción del proyecto hegemónico, rompe todas las ataduras enajenantes y decadentes, propias de la burguesía, reconstruye la moral, la ética y la cultura de la responsabilidad propia de los obreros y hace florecer un nuevo folclor, estética, arte y literatura nacional y las proyecta de manera creativa, múltiple y vivaz.

2. Trabajo político. Desarrolla la actividad política que es posible de cristalizar desde el sindicato. Comprende los siguientes aspectos:

a. Propagandizar las propuestas. Las propuestas programáticas que pueden ser acogidas por los sindicatos comprenden habitualmente aquellas que se refieren a la solución de la crisis capitalista mundial, mediante la propuesta de 15 puntos para superar la crisis económica, energética, alimentaria, de salud y ambiental global; la solución a los problemas de dependencia, explotación y opresión política en América Latina a través de la propuesta de unidad e integración antiimperialista y democrática de América Latina; la solución a la crisis nacional por la que atraviesa Colombia por medio de la propuesta de soberanía, democracia, desarrollo, paz, bienestar, reconstrucción ambiental y liberación de la mujer, contenidas en una nueva constitución política, un gobierno soberano, democrático, de unidad y reconstrucción nacional y un modelo de desarrollo democrático; IV) propuestas de solución estructural a las contradicciones existentes en cada uno de los sistemas nacionales de la producción y los servicios; la propuesta de solución a los problemas laborales que viven los trabajadores en nuestro país, sustentada en el Estatuto Democrático del Trabajo y la propuesta de solución a la crisis sindical mediante la aplicación de la política de reconstrucción del movimiento obrero y sindical y la formación de poderosos sindicatos por sistemas, paso previo a la conformación del sindicato interprofesional.

b. Realizar el paro general. El paro general tiene como objetivo detener todas las activi-



dades económicas que se realizan en el país. Tres condiciones son indispensables para avanzar estratégicamente hacia éste puesto que hay que crear y fortalecer poderosos sindicatos por sistemas y/o tener un sindicato interprofesional; posicionarse en los puntos estratégicos y neurálgicos de cada sistema de la producción y los servicios; desarrollar acertadamente la estrategia huelguística conducente a paralizar toda la producción y los servicios en el país. En este último punto es que nos vamos a detener. Empecemos por decir que la huelga es la acción colectiva, voluntaria y conciente desarrollada por la mayoría de los trabajadores de una o más factorías, ramas de la producción o regiones de un país para enfrentar al capital y conquistar reivindicaciones económicas y, en algunos casos, exigencias políticas. Es, de una u otra forma, expresión de la lucha de clases y en ella es posible enlazar los intereses inmediatos de la gran masa trabajadora con los objetivos históricos de la clase. No es un fin en si mismo sino una escuela para llegar a la huelga política. Muchas veces surge como respuesta espontánea a la superexplotación y no como acto conciente y preparado. En su desarrollo, los laboriosos no sólo chocan con los capitalistas sino también con su Estado, sus aparatos represivos y con la “sociedad civil” organizada –gremios, iglesia, medios de comunicación, etc.-, los cuales aspiran a desorganizarlos, desmoralizarlos, hacerles ceder o renunciar a la lucha. Hay que aprovechar los momentos de ascenso del movimiento obrero para promover la huelga económica, primero desde una o varias fábricas, luego a una o varias ramas de la producción o a una o varias regiones del país, y finalmente transformarla en política, a través de un paro político nacional.

El primer requisito para realizar una huelga es prepararla seriamente, con antelación; el segundo, es verificar que efectivamente tenemos superioridad de fuerzas en el sitio donde ésta se va a realizar; el tercero, es elaborar

un plan riguroso para cada huelga, aun así, es posible que no obtengamos un éxito completo, ya que podemos tropezar con obstáculos inesperados; sin embargo, debemos elegir y realizar cuidadosamente las tareas apropiadas para la consecución de los objetivos propuestos, sin dejar escapar nada por descuido o exceso de confianza; el cuarto, es sopesar la decisión antes de empezarla, no debemos aventurar con la huelga, pero una vez iniciada hay que llevarla hasta el final; el quinto, es crear un potente aparato de agitación y propaganda; el sexto, es tener reservas económicas suficientes antes del conflicto para poder realizarlo. El séptimo, es elegir el momento adecuado, tomando por sorpresa a los patronos, incorporando la retaguardia huelguística al conflicto. Dicha retaguardia está compuesta por las familias de los huelguistas, los trabajadores del mismo grupo económico o conglomerado, los obreros de la misma rama de producción, el proletariado nacional, sectores del pueblo y organizaciones sindicales internacionales que apoyan este tipo de conflictos; el octavo, es estar a la ofensiva, la defensiva es la muerte, pero también saber retirarse a tiempo cuando las circunstancias lo exigen; el noveno, es poner en tensión y utilizar todas las fuerzas existentes, logrando que cada huelguista sea un elemento activo en la lucha; el décimo, es concentrar y dirigir todas las fuerzas posibles hacia el punto más débil de los patronos; el undécimo, es golpear primero, procurando debilitar rápidamente las fuerzas patronales; el doceavo, es aprovechar al máximo cada éxito alcanzado; el treceavo, es cohesionar y sostener la superioridad moral de los huelguistas y consolidar y ampliar permanentemente nuestras fuerzas en conflicto; el catorceavo, es inclinar hacia nuestra parte la opinión pública, logrando la mayor simpatía y apoyo político a la huelga.

Para mantener una huelga es preciso determinar cual es el situación exacta de nuestras fuerzas, su estado de animo y moral y hasta donde podemos tensionarlas; con que re-



servas humanas y económicas contamos y como las incorporamos a la lucha en el futuro próximo; si el movimiento esta en ascenso o ha iniciado su reflujo y cuales son nuestras cualidades y debilidades y cuales las de los patronos. Vital papel en su desarrollo juegan los comités de base del sindicato ayudando a prepararla, agrupando y cohesionando a la base, empujando a participar a los no organizados, logrando que cada trabajador comprenda los fines de nuestra lucha económica y política, se eduque en la contienda y entienda nuestros métodos y formas de lucha. También juega papel relevante su dirección en el terreno, lo que le permite relacionarse constantemente con la base, estableciendo una comunicación interna adecuada con ella para evitar que los rumores y la propaganda negra enemiga los afecte o desmoralice, sosteniendo las demandas y consignas centrales mínimas que la agrupen, enfrentando a los patronos, desmoralizando una parte de sus fuerzas y sosteniendo la lucha hasta el final por todos los medios posibles.

Las huelgas se hacen por reivindicaciones económicas, tales como el salario, el mejoramiento de las condiciones de trabajo, la protección al obrero, la reducción de los ritmos de trabajo y de las jornadas, etc.; por razones jurídico-laborales, como son el reconocimiento del sindicato, el establecimiento de reglamentos internos y escalafones de trabajo, auxilios sindicales, etc.; por demandas políticas presentadas al Estado burgués, y no a un patrono o a un conjunto de patronos, por los trabajadores, dirigidas a eliminar contrarreformas laborales, suprimir la violencia reaccionaria contra los sindicalizados, defender los recursos naturales del país, la soberanía nacional, etc. Además, tienen como fundamento alcanzar reivindicaciones económico-laborales, plasmadas en un acuerdo colectivo, el cual refleja la correlación de fuerzas existente entre los contendientes en el momento en que éste se realiza; a partir de allí ellos reagrupan sus fuerzas y se inicia un

nuevo choque, que tiene como objetivo defender u obtener nuevas conquistas. Es evidente que las contradicciones no desaparecen por el acuerdo, pues la lucha del capital por ganar y acumular más continua, mientras la lucha de los obreros por vivir mejor también sigue adelante, con lo cual la disputa es perenne mientras exista el capitalismo. Empero, en la lucha también se involucran las reivindicaciones políticas, dirigidas a avanzar en pos de establecer un nuevo orden social, un nuevo Estado, una nueva república y un nuevo régimen político.

Existen, así mismo, diferentes tipos de huelgas. Las territoriales, que se efectúan por municipios, departamentos regiones o en toda la nación y las que se realizan por ramas de producción, por fábricas o por profesiones u oficios; por la forma en que surgen, se pueden clasificar como organizadas, cuando se ha hecho un trabajo previo, y espontáneas; por el tipo de demandas se pueden dividir en económicas y políticas; por los métodos de lucha pueden ser ofensivas y defensivas y por el tipo de demanda se pueden ordenar como de conquista de reivindicaciones propias y de solidaridad.

Nuestra intención aquí es explicar, por una parte, que son las huelgas políticas, y, por otra, explicar el nexo entre la huelga económica y la huelga política. El primer tópico ya lo describimos brevemente arriba. Ahora concentrémonos en el segundo. Lo que tenemos que decir inicialmente es que sin huelga económica no hay huelga política. Los sindicatos deben ir transformando las huelgas económicas en huelgas políticas. Uno de los mecanismos más apropiados es politizar a la base y desde allí introducir, dentro de las demandas sindicales, las reivindicaciones políticas, cosa que refuerza enormemente la participación y presión de los obreros, pues arrastra a nuevos sectores de trabajadores a la lucha, los cuales al incorporarse sostienen al movimiento, en gran parte, debido a las reivindicaciones económicas. No hay que



olvidar mantener hasta el final las conquistas económicas, que son las que mueven a la mayoría de los trabajadores a la lucha, y sobre esa base elevar sus niveles de conciencia, organización y combate, vinculándolas con la realización de sus intereses históricos. En esas luchas hay que destacar y hacer conscientes a los trabajadores de los rasgos políticos de la huelga a fin de transformarlas en luchas políticas, enlazar esas acciones con otros paros, generalizar los movimientos de protesta y explicar las contradicciones de clase que generan el conflicto entre explotadores y explotados. Uno de los momentos más propicios para que la huelga económica se transforme en huelga política es cuando ocurren crisis económicas, cuya consecuencia es la extensión del desempleo, la pobreza, el hambre, la violencia reaccionaria, situación que hace que muchas veces las reivindicaciones económicas quedan atrás. Cuanto más grandes y extendidas sean las huelgas, más agudas sean las confrontaciones de clase y más poderosas sean las organizaciones sindicales que participan en ellas, más fácil será elevar la huelga económica a huelga política. En esa vía, el triunfo de este tipo de huelgas depende del grado de acción y del empuje que tengan los huelguistas, también del nivel de conciencia, organización, iniciativa y habilidad, las que reemplazan a las debilidades económicas y de poder que tenemos frente a la burguesía y su Estado.

c. Construir hegemonía obrera. Es indiscutible que la burguesía ejerce en casi todo el mundo su hegemonía ideológica y política sobre la sociedad y sobre las relaciones sociales de producción, relaciones entre clases contrapuestas, que en el capitalismo son

relaciones de fuerzas de poder, manifestadas en la contradicción y confrontación entre las dos clases fundamentales, los capitalistas como clase dominante y los obreros como clase dominada, que aspira, esta última, a convertirse en clase hegemónica, traspasando los papeles que juegan en la sociedad actual. La hegemonía burguesa toma una representación universal, impersonal, haciéndola superior frente a cualquier otra forma de dominación experimentada anteriormente, como las dictaduras abiertas o las autocracias. Dicha situación no es nueva. "... Después del establecimiento de la gran industria y el mercado universal, (la burguesía) conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno."²⁰ Y si la hegemonía es universal, igual ocurre con el Estado²¹ burgués, por cuanto este es el aparato mediante el cual se ejerce el dominio político sobre el conjunto de la sociedad. El Estado burgués se circunscribe a garantizar los intereses y hegemonía de la clase dominante y a imponerlos pacífica o violentamente, de acuerdo con la circunstancias, al resto de la sociedad. "El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa"²², es "un conjunto de organismos que disciplina, unifica y concentra la potencia de clase"²³, es, además, un aparato coercitivo para dominar e imponer el poder burgués a las demás clases sociales. Por otra parte, su república no es más que "la voluntad de la clase dominante erigida en ley."²⁴ La dominación política de conjunto ejercida por la clase dominante se concreta, al menos en el hemisferio occidental, en la república "democrática" presidencialista o parlamentaris-



²⁰ Carlos Marx y Federico Engels, El manifiesto comunista,

²¹ El Estado jamás es neutral, por tanto los revolucionarios no se pueden plantear el llegar a utilizarlo "con otros fines" y, al mismo tiempo, dejarlo intacto.

²² Carlos Marx y Federico Engels, El manifiesto comunista,

²³ Antonio Gramsci., L'Ordine Nuovo,

²⁴ Carlos Marx y Federico Engels, El manifiesto comunista,

ta, con su constitución, sus leyes, sus potentes medios de comunicación, sus partidos políticos, su poder legislativo, sus alianzas políticas, sus fraccionamientos políticos de clases, una poderosa burocracia, un ejército, policía, fiscalía, jueces, en fin, medios represivos muy fuertes. Ese es el andamiaje superestructural que mantiene no sólo un puño de hierro sobre la sociedad, sino que también posibilita tanto la reproducción ampliada como la acumulación de capital. La dominación también se materializa en el hecho de que bajo el régimen de los capitalistas, los obreros son sometidos violentamente a “las leyes del mercado”; el robo, el pillaje, la tortura, la amenaza, el secuestro, el exilio, el allanamiento, la desaparición, el asesinato, etc. son parte de las armas con que cuentan los ricos para someter a los de abajo, conformando, así, una nueva relación social a partir de la ruptura producida en los anteriores ámbitos de poder. Dichas prácticas están recubiertas por un halito de libertad de circulación de mercancías, de ideas, opiniones, prensa, etc., que no es más que la libertad de los capitalistas para realizar sus designios y de los trabajadores para vender su fuerza de trabajo.

La hegemonía de los capitalistas no sólo se ejerce a través del Estado o de la violencia de los patronos. También se ejecuta por medio de las instituciones de la llamada “sociedad civil” –la escuela, la prensa, la iglesia, los gremios patronales, etc.- y de la cultura burguesa, especialmente de la fuerza de la costumbre y la tradición. Las sociedades capitalistas están constituidas por fuerzas que viven en pugna. Y esa pugna también se expresa en sus leyes. Las leyes laborales o los derechos de diversa índole, conquistados por los trabajadores y el pueblo, han sido arrancados en la lucha por los de abajo, a pesar de la dominación política aplastante de la burguesía. Cuando ocurre un momento político de ascenso, el pueblo y los trabajadores pueden mostrar su poder bajo distintas manifestaciones, logrando reivindicaciones muy útiles, que corresponden

a una correlación de fuerzas de poder favorable. Cuando esa correlación cambia, dichas leyes y derechos se tornan vacíos, se vuelven inaplicables y la burguesía usa cualquier pretexto para eliminarlos o soslayarlos. Si el proletariado quiere resolver de una vez por todas la contradicción entre el capital y el trabajo, debe conquistar la hegemonía sobre la sociedad, pues ella corresponde a la esfera ideológica y política, donde se ejerce el poder y la dominación. La hegemonía obrera parte de la construcción de la voluntad política colectiva como consciencia de la finalidad que se persigue, que a decir de Antonio Gramsci es la “noción exacta de la potencia que se tiene y de los medios para expresarla en acción”. Tal voluntad, que no es voluntarismo, unificará las fuerzas obreras, dispersas por el poder del capital, siempre y cuando la voluntad individual y colectiva se una, se vuelva potente y congruente con la necesidad social y se discipline, lo cual le permite actuar en consecuencia. Para unificar las voluntades, convertirlas en voluntad colectiva, es necesaria la organización, que se desarrollará estratégicamente en dos fases, la de construcción de poderosos sindicatos politizados y la de la formación de órganos de poder obrero en un período avanzado de la lucha de clases. Esas organizaciones, que son manifestaciones del poder obrero, no se contraponen a la dirección política partidaria. Por el contrario, constituyen una trilogía no escindible, un sistema de instituciones de poder que dan unidad operante a las fuerzas anticapitalistas, las cuales habitualmente están dispersas.

La hegemonía de los trabajadores refleja tanto la cohesión que la clase tiene como su poder autónomo no autoritario, contraria a la hegemonía burguesa, que sintetiza la exclusión, la explotación, la opresión política, la jerarquización a ultranza y la obediencia absoluta. Claro, la hegemonía proletaria no excluye ni la dictadura sobre las clases reaccionarias ni la dominación sobre los capitalistas. Parte de la inclusión de los campesinos, sectores popu-



lares, estudiantes, indígenas, afrodescendientes y demás sectores explotados y oprimidos, tomando en cuenta sus intereses, llevándolos adelante, ganando la dirección política sobre ellos mediante las alianzas, los compromisos y los acuerdos. Para alcanzar estos propósitos, la clase obrera debe tener conciencia de clase, sobrepasando la conciencia economista, la que impulsa a la lucha por los intereses inmediatos, y la conciencia social, que reconoce a la clase más no a sus intereses históricos, madurez histórica, tener la iniciativa teórica y práctica y los obreros deben pensarse como miembros de una clase que dirige la sociedad y al bloque histórico nacional.

El ejercicio de la hegemonía se logra si se conquista una favorable correlación social de fuerzas, es decir, una correlación superior organizada de las clases sociales del bloque dominado, expresada en la conformación clasista de poderosos movimientos sociales, como fuerza social revolucionaria, aunados en la alianza social, y una correlación política también superior, manifestada en la imposición de las fuerzas políticas democráticas, que están en la contienda, sobre el bloque dominante. La alianza social y la alianza política, bajo la dirección cuantitativa y cualitativa del proletariado, o sea, bajo la dirección social y política de los trabajadores, hace suyo el problema nacional y lo toma como bandera esencial, constituyendo así el bloque histórico nacional, unificado en una gran alianza social y política, centralizada en un gran movimiento político de masas. Más en nuestra realidad, ello no es suficiente. Hay que avanzar hasta construir el bloque histórico latinoamericano, que desarrolla la unidad y la integración de nuestras naciones mediante la construcción de la alianza y unidad de los movimientos sociales y de las fuerzas políticas más avanzadas del subcontinente. El fin de la hegemonía proletaria es oponer a la dominación política burguesa la construcción de poder de los trabajadores y el poder comunal del pueblo, que tiene como propósi-

to último la eliminación de todo poder y un Estado democrático, que no sólo va a acabar con la forma específica de dominación de clase que ejercen los capitalistas, sino con la propia dominación de clase y con todo Estado.

d. Edificar el respaldo internacional. La consecución del apoyo social, político, diplomático y económico foráneo es vital para transformar la sociedad colombiana. Nos sirve para robustecer nuestra lucha en el país, legitimarnos internacionalmente, desarrollar el internacionalismo proletario, aportando a la unidad internacional de los trabajadores, a la solidaridad con las luchas que libran los diversos pueblos por su liberación, a la coordinación de las manifestaciones más avanzadas de los trabajadores de diversos países del mundo y de pueblos y naciones latinoamericanas, en el marco de lucha democrática continental, y por la integración de todos los pueblos del subcontinente en una sola nación. Su objetivo es aunar una fuerza internacionalista que luche conjuntamente con nosotros contra el capitalismo, su crisis y su globalización neoliberal, la intromisión y la dependencia impuesta a América Latina por los imperialistas de Estados Unidos y Europa y la súper explotación y precarización que sufren los trabajadores en todo el mundo. Desde esta identidad, debemos trabajar una propuesta común para resolver revolucionariamente la crisis capitalista. La fuerza viva que puede acompañarnos en la construcción internacionalista está compuesta básicamente por sindicatos, movimiento sociales y de resistencia contra la globalización, luchadores internacionalistas, gobiernos progresistas y Estados democráticos. Su apoyo debe centrarse sobre la lucha sindical, la lucha política nacional, en ella las campañas contra multinacionales, el trabajo diplomático, la consecución de recursos económicos y la neutralización, en gran medida, de las acciones violentas y reaccionarias del capital financiero internacional, sus agentes y la oligarquía criolla y su Estado. Nuestro trabajo se debe



hacer por regiones, priorizando América Latina y el Caribe, África, Asia, Europa, Norteamérica y Oceanía.

3. Trabajo organizativo. El objetivo central de la línea organizativa de los sindicatos es el de acumular la fuerza social revolucionaria suficiente para materializar su consolidación interna, realizar su posicionamiento estratégico, construir socialmente y edificar la retaguardia internacional. Desglosemos cada una de ellas:

a. Consolidación interna. La consolidación interna de los sindicatos va dirigida a reconstruir los movimientos obrero y sindical. Ellos están tan golpeados, en algunos casos tan desmoralizados y derrotados, que la mayor parte de sus dirigentes ha perdido su voluntad de lucha. Las nuevas formas de contratación y la deslaboralización han contribuido notablemente a la desconexión entre obreros veteranos y quienes ahora se enganchan; la distancia entre estos dos grupos de trabajadores es cada vez más abismal. El número de afiliados se reduce amenazadoramente y la representatividad de los sindicatos está cada vez más menguada. Igual ocurre con su legitimidad, seriamente lesionada tanto por los comportamientos patronales de los sindicalistas amarillos como por la conducta burocrática de otros. Los ritmos de trabajo, las nuevas técnicas administrativas, la presión laboral, el terror imperante en la producción y la persecución violenta a los sindicatos, así como la falta de transmisión de una historia de lucha a los obreros jóvenes, más la desvinculación de los sindicatos de este sector, la alienación prevaleciente en ellos, impiden, en lo inmediato, que esa sangre nueva tome su lugar. Resolver tamaño problema es una tarea central para todo aquel que se proponga construir un nuevo movimiento obrero y sindical. Reconstruir el sindicalismo, significa centralizarlo, en poderosos sindicatos por sistemas, recuperar sus banderas políticas, llevarlo a nuevos sectores de trabajado-

res, desarrollando una política de crecimiento cuantitativo y cualitativo sostenido. Pero también hay que reestructurar el sindicalismo. La lucha en este campo se debe centrar contra la fuerza de la costumbre que impide el cambio. Esa fuerza, que está encarnada en el burocratismo, en la lucha entablada por los grupos políticos por apoderarse de las pocas prebendas que quedan y en los demás vicios que corroen la práctica sindical, es preciso derrotarla. En medio de esa contradicción hay que emprender el cambio en las costumbres sociales, culturales, ideológicas y políticas, combatiendo a fondo la influencia de los patronos en los sindicatos y a sus representantes, los sindicalistas patronales, quienes actúan como quinta columna de la burguesía a nuestro interior. La reestructuración igualmente comprende enfrentar decididamente las políticas patronales y demostrar que es posible derrotarlas, modificar la actitud de los dirigentes y bases, que piensan que tan solo por la lucha legal es posible obtener algo o resignarse sin más a perder los derechos adquiridos, significa, además, cambios en los métodos y los estilos de trabajo, la profundización de la democracia en los sindicatos y la abolición del control político omnímodo de los grupos políticos sobre las estructuras sociales. Hay que jugarle a una relación dialéctica y democrática en este campo de tal manera que el resultado sirva a ambos, finalmente, debe servir para librar y ganar la batalla por ganarse la mente y el corazón del trabajador de base y despertar la simpatía y el apoyo de la mayoría de la población a las propuestas emanadas de la clase obrera a fin de construir su hegemonía incluyente. Paralelamente hay que reorganizar los sindicatos. Las estructuras que habíamos adoptado obedecían más a formas típicamente economistas y burocráticas que a la construcción del proyecto de la envergadura que nos planteamos hoy. Construir el poder de los trabajadores, las líneas estratégicas, acumular en la táctica, resolver nuestros problemas, unirnos entre trabaja-



dores de los diferentes sistemas productivos y de servicios, ligarnos al conjunto de la clase obrera y la población, a las acciones sociales y políticas que nos exige la realidad nacional y enfrentar exitosamente a los patronos y su estado oligárquico requiere de una estructura organizativa que pueda centralizar y movilizar la fuerza social acumulada en un sindicato por sistema, especializando sus estructuras ordenadas por departamentos, que corresponden a las líneas de poder que hay que edificar: la ideológica, la política, la organizativa, la económica y la laboral, con sus respectivas áreas de trabajo, correspondientes a las actividades centrales que caracterizan a cada departamento, articulándolas y armonizándolas en políticas, planes, direccionamiento, ejecución de métodos de trabajo, vinculación permanentemente con la base y accionar cotidiano un todo que concrete la política sindical, aunando a ello el uso eficiente de los esfuerzos humanos y los recursos materiales a través del uso de la planeación. Hay conocer la realidad, como totalidad concreta, la estrategia y táctica adoptadas por el bloque dominante y saber diseñar y ejecutar las nuestras, para desde allí unificar la lucha sindical con los acontecimientos nacionales, los intereses de la clase obrera con los de otros sectores, evaluar la situación internacional y nacional aprovechándola adecuadamente en función de acumular fuerzas de poder, tomar la iniciativa para crear nuevos hechos o aprovechar los existentes, lograr unificar a los amigos y debilitar a los enemigos de los trabajadores y tener la flexibilidad táctica suficiente para avanzar o replegarse en el momento justo, así como poseer la capacidad para unificar la agitación y la propaganda con el trabajo de dirección, organización y planificación a fin de concretar la estructura organizativa de carácter estratégico.

En resumen, la reconstrucción, reestructuración y reorganización significan la centralización y cohesión organizativa de los sindicatos por sistemas a fin de adecuarlos a la

materialización de la estrategia sindical. Esos tres objetivos comprenden, en síntesis, el dispositivo organizativo interno adecuado para desarrollar el plan estratégico; construir una “organización organizada”, es decir, un sindicato que, como conjunto, esté compuesto por una sumatoria de organizaciones más pequeñas, como son los comités de base, los equipos por conglomerado, los departamentos y áreas de trabajo y las direcciones territoriales; desarrollar una adecuada relación institucional entre organismos; cimentar el sistema nacional de dirección colectiva, vinculante organizado de todos los miembros de la organización, formador de dirigentes capaces de orientar estratégicamente, construido con filigrana, de abajo a arriba y de arriba abajo; democratizar los sindicatos, capacitando a los asociados para tomar decisiones, habilitándoles espacios permanentes de participación, adoptando el asamblearismo y los plebiscitos para tomar decisiones trascendentales e impulsando la construcción colectiva, pluralista y unitaria de las propuestas sindicales y los planes de trabajo, haciendo de este proceso una herramienta concreta y útil, que sirve para formar nuevos dirigentes y activistas; desarrollar métodos y estilos de trabajo correctos; superar los vicios de los dirigentes, renovarlos y cambiar las costumbres políticas y culturales; generar una conexión correcta entre estrategia, táctica, acción en el momento político y en la coyuntura; desarrollar una relación adecuada entre la centralización de la conducción, las orientaciones, la estructura, los planes, los recursos y la descentralización del trabajo, la construcción organizativa, política y teórica y las responsabilidades; combatir las posiciones economistas, reformistas y patronales y movilizar a la base.

b. Posicionamiento estratégico. Su objetivo es el crecimiento cuantitativo de largo plazo de ocho sindicatos por sistemas nacionales de la producción y los servicios y/o del sindicato interprofesional en los principales centros y puntos neurálgicos, estratégicos, de



la economía nacional a fin de centralizar, encauzar y extender la lucha de los trabajadores, superando así la dispersión del movimiento obrero para alcanzar una favorable correlación social de fuerzas de poder dirigidas a paralizar el aparato productivo, mediante el paro general. Para cumplir a cabalidad esta tarea debemos organizar los sectores avanzados y medios de los trabajadores y ligar a la lucha a los atrasados; consolidarnos en lo municipal, zonal, departamental, regional y nacionalmente, en las fábricas, conglomerados multinacionales o grupos financieros criollos, en las ramas y sectores de la producción y los servicios, desarrollando el copamiento geoestratégico; crear el bloque sindical autónomo, como expresión del nivel de unidad de los elementos más avanzados que actúan en el movimiento sindical y como cristalización de la alianza entre organizaciones sindicales que luchan por construir un movimiento obrero y sindical transformador en Colombia.

d. construcción social. Su objetivo es acrecentar la influencia social y política de los sindicatos en la sociedad. Para ello, los sindicatos deben ganar reconocimiento social y político en toda la sociedad colombiana, liderando la solución a los grandes problemas nacionales, sólo posible si tenemos el acumulado social organizado suficiente en todas las clases, sectores, capas y estamentos sociales que componen el bloque dominado. No basta con que el movimiento obrero se mire asimismo y desarrolle una lucha contra el capital, pues jamás podrá vencerlo si no gana el apoyo de las mayorías. Es imprescindible conquistar ese respaldo con base en la acción mas decidida, participando de manera determinante en la construcción de esos movimientos y apoyándolos constantemente; acrecentar su protagonismo, legitimidad y liderazgo social y político, acercándose, ganando respeto y conducción de la mayoría de la población explotada y oprimida; plasmar la hegemonía, o sea, la dirección de las actividades y luchas de los sectores populares; construir la unidad y

alianza social del movimiento sindical con los demás movimientos sociales, desarrollando orgánicamente la alianza de obrero, campesina y popular, que incluye, entre otros sectores, a pobladores, mujeres, estudiantes, indígenas, afrodescendientes, etc., y construir los instrumentos de la alianza social, cuales son: el Bloque Social Autónomo y el movimiento político de masas.

4. Economía social del trabajo. Tiene como objetivo edificar la base material de acumulación de fuerzas de poder de los trabajadores y el desarrollo, en germen, de una nueva economía, la economía social del trabajo, que ya lleva en su seno algunos rasgos económicos de la nueva sociedad que aspiramos a construir. Sus aspectos más destacados son la creación de una base económica de las organizaciones sindicales, que les dote de suficientes recursos e infraestructura para enfrentar la arremetida del capital; la implementación de una nueva racionalidad económica en cooperativas y proyectos económicos; el impulso a nuevas formas de propiedad colectiva y mixta, de organización del trabajo y autogestión, donde se priorice el trabajo sobre el capital, se impulse la actividad productiva sobre las formas improductivas y/o especulativas, se desarrollen nuevas tecnologías sostenibles y acordes con el medioambiente, se avance en la eliminación de la explotación del hombre por el hombre y en la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción y la creación de nuevas formas de apropiación del excedente, que coadyuven a realizar el bienestar de los trabajadores y de toda la población a fin de transformar su nivel de vida material y espiritual.

5. Trabajo laboral. Se orienta a conquistar las reivindicaciones más sentidas por los trabajadores, lograr articular y llevar a feliz término el pliego, negociación y acuerdo colectivo macro sectorial nacional y por sistemas nacionales de la producción y los servicios, revirtiendo las tendencias precarizadoras, súper explotadoras y de pérdida de derechos.



Esta línea de acumulación promoverá, en todos los períodos de la lucha de clases, la lucha reivindicativa, la defensa del nivel de vida de los trabajadores, sus conquistas adquiridas y el alcanzar nuevos logros económico-laborales, a la vez que se esforzará por formar conciencia de clase a partir de los conflictos obrero-patronales. Empezar por luchar contra las políticas laborales neoliberales del gran capital y conseguir mejores condiciones de vida para todos los trabajadores colombianos, es iniciar la concreción de la tarea. En ese sentido, nuestras líneas de trabajo estratégicas están centradas en la conquista de una legislación laboral democrática, que debe tener entre sus contenidos más notables el pleno empleo con contratación directa y estabilidad; la humanización del trabajo; valorizar la fuerza de trabajo a través de obtener un salario digno con poder adquisitivo creciente para tener acceso a mejores medios de vida -alimentación, salud, educación, vestido, vivienda, transporte, etc.-; seguridad y servicios sociales públicos, universales, gratuitos, integrales y de buena calidad; libertad de asociación y organización de los trabajadores; libertad de acción sindical; supresión de la violencia contra los trabajadores y los sindicalistas y efectiva protección de su vida e integridad física y erradicar la división entre obreros y promover la unidad de los trabajadores. Los sindicatos están, en primer lugar, para suprimir o reducir al mínimo la competencia entre obreros y hacer competencia a los capitalistas, mediante las negociaciones colectivas, puesto que obreros y capitalistas compiten por llevarse la mayor parte de la riqueza social. Si la dominación burguesa se basa en el estímulo de la competencia entre los mismos obreros, en aumentar todos los días más la falta de solidaridad entre ellos y el oponer los intereses de unos trabajadores contra otros, las organizaciones de los trabajadores están para frenar esas políticas.

También el trabajo laboral tiene como horizonte transformar los sindicatos en espa-

cios organizados, que llenen todas las expectativas de vida y necesidades de los trabajadores. Debemos superar la concepción de que el sindicato solo sirve para hacer reclamaciones o averiguaciones sobre tal o cual reivindicación económica. El obrero debe ver a su organización como una alternativa social, cultural y política, en su sentido más amplio.

Formas de lucha

Las formas de lucha son los diversos medios de confrontación que emplean las clases, sectores, capas, estamentos sociales y sus organizaciones para lograr avanzar en la acumulación de fuerzas de poder, destruir o hacer cambiar de bando a las del contrario y buscar una correlación cada vez más favorable. Las formas de lucha no se la inventan los dirigentes. Habitualmente surgen de la iniciativa práctica de las bases, las cuales, en el proceso de desarrollo de la lucha de clases, van creándolas e innovándolas. Es necesario hacer un aprendizaje histórico lograr interpretar cuales son las formas más exitosas y cuales hay que descartar, ya que no son respuestas adecuadas a las condiciones concretas en que se vive. Emplear formas de lucha correctas significa tener en cuenta el sentir y el estado de ánimo de las bases y saber estimularlas para contar con su participación efectiva. Ahora, existen unas formas de lucha estratégicas como son la lucha económica, la política y la ideológica. Describámoslas brevemente.

1. Lucha económica. Es la confrontación cotidiana que sostiene obreros y capitalistas por el salario. El capitalista obliga al obrero a trabajar y a producir diversas mercancías para vender. Por ello le pagan un salario con el cual los trabajadores y sus familias puedan vivir. La tendencia de largo plazo, en cuanto a la remuneración del asalariado, indica que cualquier valor más allá de la reproducción estrictamente física de la fuerza de trabajo, a la larga se lo embolsillará el capitalista, pues los dueños de las empresas siempre tratan de





reducir los salarios y quitar los beneficios y conquistas logradas por los trabajadores. Si entregan menos a los obreros más ganancias les quedan. Mientras tanto, en la otra orilla, los trabajadores luchan por conseguir el mayor salario posible para poder mantener sus familias con un nivel adecuado: vestirse bien, comer bien, tener buena vivienda, y lograr suficientes ingresos para llevar una vida social normal. Esta contradicción, entre la minoría que quiere ganar más y la mayoría que quiere vivir mejor, es inherente al capitalismo y desata la lucha entre obreros y patronos, que tiene como vértice la confrontación por la valorización de la fuerza de trabajo. En esas condiciones, la lucha económica surge como expresión de la resistencia natural que oponen los obreros al capital.

2. Lucha política. Es aquella que sostienen los obreros contra los capitalistas en función de construir la acumulación de fuerzas de poder para construir su hegemonía, tomar el poder y revolucionar todos los ámbitos de la vida económica y social. En consecuencia, ataca las causas de la explotación y la opresión burguesa.

3. La lucha ideológica. Es la batalla que libran los obreros por lograr la aceptación por las mayorías de sus ideas, sus intereses, tomando en cuenta los intereses comunes de todos los explotados y oprimidos, y por construir una nueva concepción del mundo, una nueva lógica y cultura.

Las tres grandes formas de lucha hunden sus raíces en las relaciones socioeconómicas engendradas por el capitalismo. Sin embargo, no es posible equipararlas ni separarlas, pues la lucha económica es una forma de resistencia contra la explotación burguesa y busca combatir los efectos de la miseria, mientras que la lucha ideológica se ocupa de convencer a los trabajadores y la población de que es posible transformar las actuales relaciones de dominación impuestas por los de arriba y la lucha política impulsa las acciones que de-

ben emprender los trabajadores para volcar la correlación de fuerzas de poder a su favor. A pesar de ser diferentes, las tres formas de lucha se articulan en su desarrollo práctico. Por ejemplo, la lucha económica se entronca con la política cuando la primera es punto de partida y elemento integrante de la lucha política. La transformación de la primera en la segunda se logra cuando se aprovechan los destellos de consciencia política que la lucha económica hace penetrar en el espíritu de los trabajadores y se ligan las aspiraciones concretas con las aspiraciones revolucionarias a través de la agitación, propagandización, educación, organización y confrontación de las propuestas políticas de los sindicatos, que son las que articulan ambas aspiraciones. Los dirigentes y activistas, en consecuencia, tienen la tarea de aprender a ligarlas. Y lo pueden hacer si desde las condiciones concretas que viven los trabajadores, emprenden activamente la labor de educación política de la clase obrera y del pueblo y, por supuesto, del desarrollo de su conciencia política, organizándolos y movilizándolos en función de alcanzar sus conquistas inmediatas e históricas. Es desde esos hechos concretos que se pueden elaborar, trazar y trabajar las políticas y los medios para conseguir las reivindicaciones inmediatas y saber, además, ligar esta lucha inmediata a una propuesta de acción política, que enfoque y denuncie, desde un punto de vista general, todo el carácter y manifestaciones del régimen actual. Así, los dirigentes pueden conducir al movimiento sindical no sólo en la obtención de condiciones ventajosas de venta de la fuerza de trabajo, sino en la destrucción de las estructuras económico-sociales que obligan a venta de esa fuerza de trabajo a los ricos. También existen otras variadas formas auxiliares de lucha social y política, que son las aprendemos a desarrollar en la confrontación cotidiana con la burguesía, las cuales nos sirven para confrontar la política contrarrevolucionaria de la alianza hegemónica y aprender lo ne-



cesario para llevar a cabo en el futuro el paro general. Algunas de ellas son la denuncia, la movilización, la huelga, el paro, las formas de hecho – mítines, plantones, huelgas de hambre, tomas, etc.-, la agitación y, finalmente, la negociación, que es una forma de lucha que plasma las conquistas adquiridas mediante la utilización de los anteriores procedimientos. Los sindicatos no se aferran, en general, a una sola forma de lucha, sino que, en principio, admiten todas las que son posibles desarrollar en un período concreto de la lucha de clases, empleándolas cuando es conveniente y definiendo, en cada momento concreto, cual es la que se debe utilizar con base en la experiencia acumulada por los trabajadores, su sentir y estado de ánimo, sabiéndolos estimular para contar con su convicción y participación efectiva, innovando, también permanentemente en este campo, rompiendo con las formas rutinarias implementadas tradicionalmente e incorporando nuevas formas de acción al arsenal obrero.

Formas de organización

Las formas de organización son estructuras centralizadas compuestas por trabajadores, que muestran el acumulado de fuerzas de poder alcanzado por la clase obrera, así como su articulación en función de concretar la estrategia sindical. Esos instrumentos son los sindicatos por sistemas y/o el sindicato interprofesional, la cooperativa nacional, la escuela ideológica, los colegios y universidad obrera, el bloque sindical autónomo, el bloque social autónomo y el movimiento político de masas. Apoyaremos, además la conformación y consolidación de una organización campesina única, una organización indígena de Colombia, un movimiento unitario de negritudes, un movimiento nacional de mujeres, una coordinación latinoamericana de organizaciones sindicales y sociales y un movimiento anticapitalista internacional.

Construcción de la dirección estratégica

Una estrategia es concretada por seres humanos y juegan un papel especial en su materialización los dirigentes. La dirección estratégica debe saber combinar acertadamente las diversas formas de lucha y organización asegurando su conducción política en cada momento y lugar. Construir una dirección estratégica es vital para materializar la estrategia. Este organismo debe encabezar el viraje de largo plazo en los sindicatos, sabiendo encauzar el nuevo direccionamiento estratégico, pues se emprenderán una serie de acciones nuevas, que combinadas con la ya trajinadas, resultarán en una orientación innovadora hacia el futuro. El liderazgo transformador tendrá que afinar la estrategia basando sus formulaciones, en primer lugar, en el análisis de la realidad interna que vive cada organización sindical y en la toma de los correctivos suficientes para hacer exitoso el nuevo rumbo, y, en segundo lugar, en el estudio de la realidad de la clase obrera, del país, de América Latina y del mundo, que es donde se desea incidir. Además, la dirección estratégica contemplará definir y desplegar nuevos valores, principios, políticas y objetivos y preverá la forma como estos se verán reflejados en los planes a largo y mediano plazo y en su implementación diaria. Por otra parte, legitimará el cambio interno, que es factor clave, crítico, para afrontar el nuevo camino. Ello no quiere decir que la labor de dirección quede acabada o sea inmodificable. Siempre habrá que reforzar la dirección estratégica, incorporándole nuevos individuos, ideas y experiencias, revisando la concreción del destino elegido en el largo plazo para saber que hay que ajustar. Ello habitualmente no implica el cambio de estrategia. La dirección estratégica necesita conjugar varios aspectos claves como desarrollar el pensamiento estratégico, tener actitud estratégica, poseer intención estratégica y desarrollar la praxis estratégica, veamos en detalle estos asuntos:



1. Desarrollar la teoría estratégica. Desarrollar el pensamiento estratégico quiere decir tener capacidad para construir la teoría, la lógica, las ideas y conceptos claves y racionalizar la experiencia, como componentes necesarios para darle forma al conjunto estratégico a implementar. Para ello los dirigentes deben desarrollar la teoría, el método, la metodología marxista -concepción, pasos y procedimientos a emplear para materializar la construcción política en nuestras condiciones concretas-, dominando las leyes dialécticas generales y particulares, que rigen el comportamiento de la naturaleza, la sociedad y los procesos sobre los actuamos, aplicándolas creadoramente a la realidad que vivimos, racionalizando la experiencia, y siguiendo su ejecución con especial cuidado. Insistimos una y otra vez, hay que conocer profundamente la realidad mundial, latinoamericana y nacional en la que se actúa, evaluando, entre otras, las condiciones objetivas que determinan su carácter, nexos, contradicciones y tendencias, desentrañando como se articulan las contradicciones globales con las contradicciones fundamentales existentes en nuestra sociedad y las condiciones subjetivas, para tomarlas como punto de partida a fin de efectuar nuestra acción estratégica y táctica, laborando específicamente en su transformación a partir de valorar y elevar el estado de ánimo de las bases, su experiencia de lucha y construcción de conciencia, voluntad política y capacidad de acción. Además, hay que desentrañar las tendencias que siguen tanto la lucha de clases como la acumulación de capital en el país, la región y el mundo, puesto que nos permite prever los cambios futuros y diseñar planes y estructuras flexibles para tomar la iniciativa e innovar ante situaciones no previstas, identificar el tipo de sujeto social con el que trabajamos, conocer su historia, lógica, cultura, niveles de conciencia, ideología, costumbres políticas, experiencias de lucha y estados de ánimo, condiciones de vida y de trabajo y la

lógica imperante en los demás dirigentes, con el fin de determinar el comportamiento que debemos asumir como organización frente a nuestra base a fin de hacer eficiente el proceso de acumulación de fuerzas. También hay que identificar las conquistas, derechos, e intereses inmediatos e históricos de la clase obrera colombiana. Seguida por entender cual es la dinámica y lógica del proceso de acumulación de fuerzas de poder, sus ciclos dialécticos, largos de reflujo y cortos de flujo, que operan a saltos; el estado actual de la correlación general nacional, latinoamericana y mundial de fuerzas de poder, previendo sus avances y retrocesos y las formas particulares que asumen en cada periodo de la lucha de clases. En tal contexto, nos planteamos asumir las tareas propias del momento político de reflujo por el que hoy atravesamos, cuales son canalizar los sectores más avanzados del movimiento obrero, conquistando autoridad en la masa, lo que no significa que esta nos va a seguir inmediatamente; ponerse al frente de toda explosión de rebeldía; elevar el nivel político de las bases, creando conciencia social y política mediante la explicación a fondo del carácter del régimen y la situación general de explotación y opresión que viven las diversas clases, sectores, capas y estamentos sociales; mostrarles el carácter irrevocable que tiene la confrontación con los capitalistas, utilizando para ello formas de lucha que les sean accesibles, pues los obreros habitualmente solo aprenden por experiencia propia; aprender a resguardar nuestras fuerzas no exponiéndolas a ser golpeadas en aventuras inútiles o en confrontaciones donde a ciencia cierta vamos a salir derrotados, escogiendo el terreno y el momento favorable para librar la pelea, de tal modo que estos elementos nos sean propicios a fin de asegurar la victoria. Por lo demás, tenemos que elaborar las propuestas programáticas de los sindicatos, su estrategia, táctica y accionar en el momento político y la coyuntura, la política de construcción de la hegemonía incluyente de la clase obrera en



Colombia, el dispositivo geopolítico estratégico que guía la acumulación de fuerzas de poder en territorios específicos, sabiéndolos copar en el largo plazo y aprendiendo a guiar los acumulados en el terreno. En esa misma dirección, hay que aprender a desarrollar la planeación estratégica, confeccionar el plan estratégico, plasmar las líneas de acumulación estratégica en la táctica y el sistema de planeación-seguimiento-control-evaluación, que comprende elaborar el plan funcional y el plan de campañas, precisando, ordenando, articulando, priorizando y delimitando en el tiempo y en el espacio los objetivos estratégicos y los tácticos, los del momento político, los del plan funcional y de campañas y los coyunturales. A su vez, saber relacionar en un todo armónico y en secuencia esos fines con las metas y tareas, actividades necesarias para cumplir con los objetivos, que hemos planteado. Conocer la interrelación de objetivos, metas y tareas es fundamental para avanzar en los propósitos generales, no perdernos en el camino a la materialización, poder valorar que es correcto o incorrecto en la planeación o si lo que nos falla en la ejecución es el sistema de dirección de la organización, los métodos y estilos de trabajo, la disposición de los recursos humanos y materiales, etc. Finalmente, debemos aprender a racionalizar las experiencias y, específicamente, a elaborar el proceso de construcción de poder de los trabajadores, como teorización permanente y acumulativa de nuevos conocimientos a partir de la praxis desarrollada en una realidad específica, que lleva a mejorarla y enriquecer el bagaje intelectual anterior.

2. Tener mentalidad estratégica. Los dirigentes deben ser formados en la teoría estratégica, poseer mentalidad y actitud estratégica y estar preparados para dirigir todo el proceso de implementación de la estrategia. En ese sentido, se deben concentrar en materializar el plan estratégico y subordinar y articular a ello sus demás actividades, modificando seriamente su mentalidad. Enton-

ces, se deben centrar en la construcción de largo plazo, desarrollada desde la táctica, e involucra el comportamiento coyuntural en la cristalización de la estrategia. Hace parte de esta fundamental modificación cambiar la actitud coyunturalista, espontaneista, desordenada y hasta burocrática por una conducta que usa como guía de construcción la estrategia sindical, en consecuencia, hace que el dirigente modifique la actitud defensiva por una mentalidad ofensiva a fin de enfrentar la política contrarrevolucionaria de los capitalistas. Es posible, aun en los peores períodos de la lucha de clases, tomar la iniciativa, enfrentar a la burguesía y trabajar de lleno por acumular y modificar sustancialmente la correlación de fuerzas. Hay que romper el conservatismo, cuya predica es “tratar de conservar lo conquistado”, condenando a la organización sindical a la derrota definitiva, eliminado la inercia, la rutina, la pasividad y la neutralidad, minimizando la resistencia al cambio interno, modificando el sistema de toma de decisiones, basado en el tradicionalismo, costumbrismo y experiencias pasadas, lo que entorpece la aplicación de la estrategia, buscando soluciones innovadoras, adoptando una actitud autocrítica y crítica en el trabajo, jalonando al conjunto en la acción táctica y estratégica, adaptándose al desarrollo dinámico que tiene la lucha de clases en el país, América Latina y el mundo, desplazando su centro de atención y acción desde lo interno, sin descuidarlo, a la relación dialéctica sindicato, base –entendida ésta como los obreros de un sistema que son plausibles de organizar en el sindicato–, a lucha contra los capitalistas, tanto en el ámbito de la fábrica como del país. Desde esa perspectiva, hay que centrarse en la efectividad, materialización de los objetivos estratégicos con eficiencia y eficacia, maximizándola, dominando la flexibilidad táctica, conservando el rumbo estratégico, para saber acumular fuerzas en las condiciones cambiantes en que vivimos, lo que obliga a darle una respuesta distinta



a cada situación diferente y a responder con iniciativas frente a la estrategia y táctica empleadas por la gran burguesía. Para concretar la estrategia es crucial alinear al conjunto de la organización, a todas sus estructuras, dirigentes, activistas, comités de base y bases no organizadas en estructuras internas en torno a los objetivos estratégicos, posibilitarles que se sientan realizados con las actividades que desarrollan día tras día, hacer coincidir las aspiraciones e intereses personales con las aspiraciones e intereses colectivos y despertarlos y motivarlos con el fin de que asuman la actitud más disciplinada y abnegada posible en el trabajo diario.

3. Poseer cultura estratégica. La cultura estratégica se refiere al cambio de comportamiento que deben asumir los trabajadores para construir la estrategia sindical. La intención estratégica contribuye a mantener y fortalecer el desarrollo de la teoría estratégica y la mentalidad estratégica. Para ello hay que tener la voluntad e impulso de la dirección para comprometer y poner en función de ejecución de la estrategia a todas las estructuras, lidereándolas sistema nacional de dirección colectiva en cada paso práctico, superando el caudillismo, el gamonalismo y las concepciones erróneas de poder individual, demostrando coherencia, relación armónica entre lo que se dice y lo que se hace. Llevar a la práctica la estrategia sindical implica, pues, introducir el cambio cultural como base sustancial para superar las creencias y valores impuestas históricamente por la burguesía, lo que llevará a variar las actitudes de la base. Transformar esa cultura sólo es posible si se diagnostica el actual estado ideológico de los trabajadores, se les anima a participar en la vida social y política, se desarrolla su formación y se les involucra en la discusión colectiva y la polémica con la burguesía. En cualquier organización sindical que se implemente la estrategia, si no se varía la cultura, no se obtendrán resultados. Es por ello que en muchas ocasiones se fracasa porque se ha rectificado el discurso más no

la cultura. Trocar la cultura quiere decir erigir una correspondencia entre creencias, valores, costumbres, símbolos, ética, moral, normas y actitudes de la mayor parte de los integrantes de una organización con las aspiraciones ideológicas, políticas, sociales y económicas que se tienen como clase social y con las líneas de acumulación estratégicas, posibilitando así cimentar una fuerte identidad cultural entre los miembros de la organización. En consecuencia, hay que desarrollar con todos los dirigentes, activistas y bases las creencias, valores, costumbres, actitudes, símbolos, ética, moral y normas comunes congruentes con las aspiraciones de clase. Los valores son un conjunto de ideas predominantes en el comportamiento de la mayoría de la población, vistos como naturales, generalmente aceptados inconscientemente, que logran convertirse en convicción profunda arraigada establemente en el tiempo, condicionando el comportamiento individual y colectivo y el sistema de normas sociales. Las creencias son ideas que se dan como ciertas sin que medie una explicación científica de ellas; presuntamente explican la realidad y preceden a la configuración de valores. Habitualmente son fruto de la tradición, la costumbre y el aprendizaje impuesto por las clases dominantes y reflejan la alienación y falsa conciencia ampliamente generalizadas en los trabajadores y la población. Sirven como lógica interpretativa idealista de la realidad y determinan la conducta, valores, normas y actitudes de los miembros de la organización. Mientras tanto, las normas son reglas de conducta impuestas a la sociedad como ética de la clase dominante y definen que es permitido y que no. Por otra parte, las actitudes reflejan como nos sentimos con respecto a algo o alguien y predicen nuestra tendencia a actuar de una manera determinada. Debe tenerse en cuenta que si los valores, creencias y actitudes de los miembros de una organización no son compatibles con la necesidad del cambio, pues no tienen conciencia de éste, por muy bien que esté formulada la estrategia, ella no fun-



cionará, ya que los dirigentes, activistas y base seguirán actuando basados en las viejas concepciones y patrones acumulados a lo largo de su experiencia. Robustecer las tendencias al cambio, manejar sabiamente el conflicto que genera las transformaciones, debilitando la resistencia que ocasiona, y acelerar la lucha contra los valores reaccionarios y algunos propios de la tradición popular, es la tarea.

Cimentar la cultura de la responsabilidad, construyendo con dirigentes, activistas y bases conciencia, identidad de clase, lógica dialéctica y nuevos valores, que les permita ver de forma diferente la realidad, desarrollando con ellos un nuevo punto de vista sobre esta, tomando una actitud distinta para su transformación, compatibilizando su conducta individual con las políticas de la organización, específicamente con las de reestructuración, sentido de pertenencia y filiación con el viraje estratégico, profundizando su compromiso. La nueva actitud se debe evaluar permanentemente, identificando los problemas originados en el viraje estratégico y los obstáculos superados, estimulando y destacando los avances alcanzados y el cumplimiento de los objetivos estratégicos y tácticos, corrigiendo errores, limitaciones, desaciertos e incumplimientos por parte de las estructuras e individuos, generalizando, al mismo tiempo, el sentido crítico y autocrítico y manteniendo la moral en alto ante los traspies. Clave también es hacer uso eficiente de la información para corregir los problemas que pueden surgir en el proceso de implementación, el cual requiere de sistemas de información eficaces, de retroalimentación para analizar el progreso realizado en la ejecución de la estrategia, así como valorar y resolver acertadamente los problemas que puedan surgir sobre la marcha. En resumen, hay que conformar y fortalecer la dirección estratégica, la cual debe ser efectiva en impulsar el cambio interno, la acumulación de fuerzas, el desarrollo de la teoría, la mentalidad, cultura y praxis estratégica y en asegurar el cumplimiento eficiente de las tareas.

4. Desarrollar la praxis estratégica. Conducir todo el acumulado de los sindicatos y ponerlo en juego en la lucha de clases en función de mantener eficientemente las líneas de acumulación de fuerzas de poder, desenvolver acertadamente en la táctica la materialización de esas líneas y tener la suficiente flexibilidad táctica para hacer crecer en cualquier período las fuerzas con que contamos, es praxis estratégica. En su desarrollo tenemos que dotarnos de propuestas políticas científicamente elaboradas, organizar la fuerza social que el plan estratégico requiere para su concreción, aplicando creativamente y con iniciativa las líneas generales de la política en la táctica, el momento político y la coyuntura, aprendiendo a ligar la pelea cotidiana con el horizonte definido y a aplicar creativamente, con iniciativa, los ejes centrales de nuestra política, combinando adecuada y permanentemente las luchas económica, política e ideológica, subordinando la lucha inmediata y reivindicativa a las tareas de largo plazo y la lucha económica a la lucha política, sabiéndolas ligar adecuadamente, defendiendo eficazmente las reivindicaciones y derechos de los trabajadores, su nivel de vida y sus intereses inmediatos y creando, en esta confrontación, la conciencia social y política que le permita comprender al trabajador común y corriente el lugar que ocupa en la producción y en la sociedad, el porqué su función sólo puede ser modificada si se cambian las estructuras sociales, como esa transformación únicamente es posible por medio de la realización del accionar político y la ligazón que existe entre la lucha por vivir mejor, a la cual se opone el capitalista, que quiere ganar más, con la lucha por erradicar la explotación del ser humano por el ser humano, lograr que las bases asuman un comportamiento político coherente, ordenar sus fuerzas, racionalizar su trabajo, utilizar y combinar los métodos de trabajo, coadyuvando al movimiento sindical a salir de su actual estado de prostración, protesta aislada y dispersión política y salvaguardar su independencia ideológica y



política frente a la burguesía para conseguir que cada lucha particular, inmediata, sea una vía de acumulación en dirección a construir la estrategia. Para ello hay que mantener un comportamiento político coherente. Es urgente mantener una conducta persistente en el accionar de los sindicatos a fin de garantizar la concreción de las propuestas políticas, ordenar las fuerzas, racionalizar el trabajo y concretizar el horizonte definido para lograr los objetivos propuestos en el plan estratégico. El dirigente, como constructor político, en tanto, debe entender cuales son nuestras aspiraciones, las líneas generales de nuestra política y como materializarlas en las condiciones concretas, desplegando toda su iniciativa creativa para ello. Si no conocemos la realidad, es imposible poner en juego la creatividad, puesto que siempre nos enfrentaremos a lo desconocido e inevitablemente chocaremos contra el muro, que nos lleva al fracaso.

Lograr que los sindicatos asuman la estrategia

La metodología adecuada para que los sindicatos asuman la estrategia está en sensibilizar y convencer a los dirigentes y bases de esas organizaciones de la necesidad de im-

pulsar una política de largo alcance a fin de colocar todo su potencial de cara a su construcción. Ahora bien, la estrategia hay que discutirla con la base de los sindicatos, pues ellas son las protagonistas de cualquier cambio interno y externo que se pueda hacer y su autoridad última, a pesar de las manipulaciones existentes. Tenemos que crear con la base las condiciones de conciencia, voluntad política y capacidad de acción para empezar a construir la estrategia sindical. Igualmente, hay que construirla de manera pluralista, unitaria y democrática, cohesionando al conjunto que forma la organización sindical, definirla colectivamente a través de su aprobación en las instancias democráticas de los sindicatos, tales como Asambleas o Congresos, edificarla sistemática y autónomamente, sin que esté al vaivén de que fuerza política controla las juntas directivas. Cuando la estrategia hace parte central de la política integral del sindicato y ha sido aprobada por todos los estamentos que lo componen, éstos deben comprometerse a impulsarla. La estrategia debe estimular la concurrencia de múltiples organizaciones y personas dispuestas a aportar en el enriquecimiento y concreción de la idea, por lo cual debe desenvolverse lo más ampliamente posible.





ESTRATEGIA SINDICAL

Los métodos de trabajo son las herramientas que permiten abordar correctamente la práctica del sindicalismo, de la acción social y política; sirven para maximizar los resultados, alcanzar la eficiencia y la eficacia en nuestro trabajo y acumular fuerzas de poder a fin de transformar las condiciones de vida y de labor de los obreros, materializar sus intereses históricos y construir las soluciones a los problemas más importantes que tiene la sociedad contemporánea. Los cinco textos que aquí presentamos, esperamos que aporten en esa dirección, desatando la discusión sobre el tema e interesando a los trabajadores para que mejoren su ejercicio sindical



*Editorial
Punto Inicial*

